

La familia fecunda como don de Dios

MIGUEL F. GARCÍA

Doctor en Teología

RESUMEN: Uno de los temas principales de la exhortación apostólica postsinodal *Amoris laetitia* es la fecundidad del matrimonio y la familia. En base a los desarrollos del papa Francisco, el presente artículo quiere mostrar la vocación de la familia a la fecundidad y los modos en que ésta se realiza. Los hijos constituyen la manifestación más clara del matrimonio fecundo, pero existen otras formas de fecundidad que son fruto del amor que sustenta a la realidad familiar (AL 181).

PALABRAS CLAVE: matrimonio, familia, fecundidad, hijos

ABSTRACT: One of the main themes of the post-synodal exhortation *Amoris Laetitia* is the fecundity of marriage and the family. Parting from the developments of Pope Francis, this paper strives to demonstrate the vocation of the family to fecundity and the means for achieving this. While children are the clearest sign of a fruitful marriage, there are also other types of fecundity which are the fruit of a love that is based on the reality of the family.

KEYWORDS: marriage, family, fecundity, children

INTRODUCCIÓN

El presente artículo pretende estudiar el modo en que el papa Francisco, a partir de la experiencia y contribución de los dos últimos Sínodos de Obispos, presenta el tema de la familia fecunda en la exhortación apostólica postsinodal *Amoris laetitia*. Por ello, tomaremos aquellos textos de esta exhortación que dicen relación a él, secundando así el método propuesto por el mismo papa en el número 7 del documento. En ese mismo número 7, afirma el Sucesor de Pedro: «Espero que cada uno, a través de la lectura, se sienta llamado a cuidar con amor la vida de las familias» (AL 7). Esta vida abundante, en que consiste la fecundidad, puede ser asistida por estas reflexiones, que pretenden cuidar con amor, desde mi ministerio sacerdotal, la vida de las familias, especialmente de aquéllas a las que conozco y quiero ayudar¹.

Estructuraré el presente artículo en torno a tres núcleos. El primero, acerca de la realidad de la familia fecunda, que constituye un don de Dios para el mundo y para la Iglesia. A continuación, pretendo exponer diversos sentidos de la fecundidad familiar, que me parece encontrar en la exhortación apostólica estudiada. El más evidente de ellos es la filiación, al que dedicaré el tercer apartado (generación y educación de los hijos, don de Dios).

1. LA REALIDAD DE LA FAMILIA FECUNDA COMO DON DE DIOS PARA EL MUNDO Y PARA LA IGLESIA

1.1. Contexto

La familia fecunda es hoy una realidad enfrentada a una extendida cultura decadente, que no promueve el amor ni la entrega². Por ello, los candidatos al matrimonio se mueven en el «temor que despierta la perspectiva de un

¹ Cf. AL 200: «se requiere “un esfuerzo evangelizador y catequístico dirigido a la familia” (*Relación final 2015*, 89). Se puede ver también AL 205.

² Cf. AL 39; BENEDICTUS XVI, *Il discorso a conclusione del terzo incontro con i presuli della Conferenza Episcopale Svizzera in visita «ad limina». Il Vangelo e le istituzioni sono inseparabili (9-XI-2006)*, en: *Insegnamenti di Benedetto XVI II, 2. 2006 (luglio-dicembre)* (Libreria Editrice Vaticana, Città del Vaticano 2007) 599-600.

compromiso permanente, en la obsesión por el tiempo libre, en las relaciones que miden costos y beneficios y se mantienen únicamente si son un medio para remediar la soledad, para tener protección o para recibir algún servicio» (cf. AL 39)³. El individualismo es el virus que atenaza a la persona y, en tantas ocasiones, se introduce en las familias: «hay que considerar el creciente peligro que representa un individualismo exasperado que desvirtúa los vínculos familiares y acaba por considerar a cada componente de la familia como una isla, haciendo que prevalezca, en ciertos casos, la idea de un sujeto que se construye según sus propios deseos asumidos con carácter absoluto» (*Relatio Synodi 2014*, 5). «Las tensiones inducidas por una cultura individualista exagerada de la posesión y del disfrute generan dentro de las familias dinámicas de intolerancia y agresividad» (*Relación final 2015*, 8)⁴.

Íntimamente relacionado con lo anterior, es también fenómeno de esta anticultura en la que estamos inmersos la ideología de género, que «“vacía el fundamento antropológico de la familia” (*Relación final 2015*, 8). [...] Por otra parte, “la revolución biotecnológica en el campo de la procreación humana ha introducido la posibilidad de manipular el acto generativo, convirtiéndolo en independiente de la relación sexual entre hombre y mujer. De este modo, la vida humana, así como la paternidad y la maternidad, se han convertido en realidades componibles y descomponibles” (*ibid.*, 33)» (AL 56)⁵. Nos encontramos, pues, en un contexto que busca deconstruir el origen del hombre, el concepto del mismo y de la familia⁶. Este plan destructivo (llamado deconstructivo) va muy asociado al fenómeno humano descrito por el Sínodo de 2014: «“Los fracasos dan origen a nuevas relaciones, nuevas parejas, nuevas uniones y nuevos matrimonios, creando situaciones familiares complejas y problemáticas” (III Asamblea General Extraordinaria del Sínodo de los Obispos, *Mensaje* [18 octubre 2014])»⁷.

La deconstrucción referida se asienta sobre el fenómeno de la planifica-

³ Cf. también L. MELINA, «Familia y Nueva Evangelización»: *Humanitas: revista de antropología y cultura cristiana* 76 (2014) 690-691.

⁴ AL 33. Cf. también AL 34; MELINA, «Familia y Nueva Evangelización», 697.

⁵ Cf. también MELINA, «Familia y Nueva Evangelización», 690-691.

⁶ Cf. *ibid.*, 696-698.

⁷ AL 41.

ción convencional de la antinatalidad, al margen de la voluntad de Dios⁸. Dígase lo mismo del divorcio. También tenemos, en el contexto actual, condicionamientos familiares de tipo sociolaboral: «se ha subrayado la necesidad de una evangelización que denuncie con franqueza los condicionamientos culturales, sociales, políticos y económicos, como el espacio excesivo concedido a la lógica de mercado, que impiden una auténtica vida familiar, determinando discriminaciones, pobreza, exclusiones y violencia. Para ello, hay que entablar un diálogo y una cooperación con las estructuras sociales, así como alentar y sostener a los laicos que se comprometen, como cristianos, en el ámbito cultural y sociopolítico» (*Relatio Synodi 2014*, 38)⁹. Estos síntomas son propios de la anticultura extendida, aunque constatamos algunas excepciones. Dice el papa: «en algunos países, especialmente en distintas partes de África, el secularismo no ha logrado debilitar algunos valores tradicionales, y en cada matrimonio se produce una fuerte unión entre dos familias ampliadas, donde todavía se conserva un sistema bien definido de gestión de conflictos y dificultades» (AL 38).

Las realidades negativas no pueden oscurecer totalmente la verdad del ideal que busca todo matrimonio. El reto es mostrar este ideal de modo realista (como posible)¹⁰ y nunca olvidar la función de la gracia, elemento que recuerda el papa en varios lugares¹¹. De lo contrario, «sobre todo cuando no hemos despertado la confianza en la gracia, [la idealización excesiva] no ha hecho que el matrimonio sea más deseable y atractivo, sino todo lo contrario» (cf. AL 36). La realización del ideal incluye su conocimiento y el conocimiento de la realidad, que incluye su aspecto de fragilidad, tal como se ha expuesto anteriormente, pero siempre con una visión positiva de esperanza: «Los cristianos no podemos renunciar a proponer el matrimonio con el fin de no contradecir la sensibilidad actual, para estar a la moda, o por sentimientos de inferioridad frente al descalabro moral y humano. Estaríamos privando al mundo de los valores que podemos y debemos aportar. Es verdad que no

⁸ Se puede ver, al respecto, AL 42.

⁹ AL 201.

¹⁰ La postura papal parece, más bien, emplazar la realización del ideal a la vida eterna: cf. AL 325.

¹¹ Cf., por ejemplo, AL 73; 124; 134; 164; 236; 307; 315.

tiene sentido quedarnos en una denuncia retórica de los males actuales, como si con eso pudiéramos cambiar algo [...] Nos cabe un esfuerzo más responsable y generoso, que consiste en presentar las razones y las motivaciones para optar por el matrimonio y la familia, de manera que las personas estén mejor dispuestas a responder a la gracia que Dios les ofrece» (AL 35)¹².

El matrimonio como ideal posible y vocación que tiene su origen en Dios es algo bueno, creemos que así se acepta universalmente y, en este sentido, ha de crecer en valor. Éste es el objetivo de la exhortación apostólica que estudiamos: «esta exhortación [...] la entiendo como una propuesta para las familias cristianas, que las estimule a valorar los dones del matrimonio y de la familia, y a sostener un amor fuerte y lleno de valores como la generosidad, el compromiso, la fidelidad o la paciencia. En segundo lugar, porque procura alentar a todos para que sean signos de misericordia y cercanía allí donde la vida familiar no se realiza perfectamente o no se desarrolla con paz y gozo» (AL 5)¹³.

1.2. Familia fecunda e iglesia

La bondad del matrimonio ha quedado infinitamente sobrevalorada por su elevación sacramental: «“Jesús, que reconcilió en sí cada cosa y ha redimido al hombre del pecado, no sólo volvió a llevar el matrimonio y la familia a su forma original, sino que también elevó el matrimonio a signo sacramental de su amor por la Iglesia (cf. Mt 19,1-12; Mc 10,1-12; Ef 5,21-32)” (*Relación final 2015*, 38)»¹⁴. Esta elevación supone la revelación que el mismo Cristo realiza del misterio nupcial¹⁵. Como acerca de otros aspectos, la manifestación operada por Cristo es el culmen de toda la Revelación¹⁶.

El Magisterio reciente de la Iglesia ha perfilado las características del Sacramento del matrimonio de cara a exponerlo al mundo moderno. De este

¹² Cf. también AL 2; 40; 56; 211; BENEDICTUS XVI, *Il discorso a conclusione*, 600.

¹³ Cf. también AL 57; 61; 205.

¹⁴ AL 71. Cf. también AL 63; 77.

¹⁵ Cf. AL 62-63.

¹⁶ «“El Evangelio de la familia atraviesa la historia del mundo, desde la creación del hombre a imagen y semejanza de Dios (cf. Gn 1,26-27) hasta el cumplimiento del misterio de la Alianza en Cristo al final de los siglos con las bodas del Cordero (cf. Ap 19,9)” (*Relatio Synodi 2014*, 16)» (AL 63). Cf. también MELINA, «Familia y Nueva Evangelización», 694-696.

modo las presentan los Padres de los dos últimos Sínodos en base a ese Magisterio: «El Concilio Ecuménico Vaticano II, en la Constitución pastoral *Gaudium et spes*, [...] definió el matrimonio como comunidad de vida y de amor (cf. 48) [...]. Además, subraya el arraigo en Cristo de los esposos: Cristo Señor [...] permanece con ellos. De este modo, los esposos son consagrados y, mediante una gracia propia, edifican el Cuerpo de Cristo y constituyen una iglesia doméstica (cf. *Lumen gentium*, 11), de manera que la Iglesia, para comprender plenamente su misterio, mira a la familia cristiana, que lo manifiesta de modo genuino» (*Relatio synodi 2014*, 17)¹⁷. «Siguiendo las huellas del Concilio Vaticano II, el beato Pablo VI profundizó la doctrina sobre el matrimonio y la familia.

En particular, con la encíclica *Humanae vitae*, puso de relieve el vínculo íntimo entre amor conyugal y procreación: «El amor conyugal exige a los esposos una conciencia de su misión de paternidad responsable sobre la que hoy tanto se insiste con razón y que hay que comprender exactamente [...]. El ejercicio responsable de la paternidad exige, por tanto, que los cónyuges reconozcan plenamente sus propios deberes para con Dios, para consigo mismos, para con la familia y la sociedad, en una justa jerarquía de valores» (10). En la exhortación apostólica *Evangelii nuntiandi*, el beato Pablo VI evidenció la relación entre la familia y la Iglesia» (*Relación final 2015*, 43)¹⁸. «San Juan Pablo II dedicó especial atención a la familia mediante sus catequesis sobre el amor humano, la Carta a las familias *Gratissimam sane* y sobre todo con la exhortación apostólica *Familiaris consortio*.

En esos documentos, el Pontífice definió a la familia “vía de la Iglesia”; ofreció una visión de conjunto sobre la vocación al amor del hombre y la mujer; propuso las líneas fundamentales para la pastoral de la familia y para la presencia de la familia en la sociedad. En particular, tratando de la caridad conyugal (cf. *Familiaris consortio*, 13), describió el modo cómo los cónyuges, en su mutuo amor, reciben el don del Espíritu de Cristo y viven su llamada a la santidad» (*Relatio synodi 2014*, 18)¹⁹.

¹⁷ AL 67.

¹⁸ AL 68.

¹⁹ AL 69.

La Relación del Sínodo de 2014 expresa de esta manera en qué consiste el Sacramento del matrimonio: «En la acogida mutua, y con la gracia de Cristo, los novios se prometen entrega total, fidelidad y apertura a la vida, y además reconocen como elementos constitutivos del matrimonio los dones que Dios les ofrece, tomando en serio su mutuo compromiso, en su nombre y frente a la Iglesia. [...] Por lo tanto, la mirada de la Iglesia se dirige a los esposos como al corazón de toda la familia, que a su vez dirige su mirada hacia Jesús» (*Relatio synodi 2014*, 21)²⁰.

Esta mirada hacia Jesús fue retomada por el Sínodo de 2015, que pidió subrayar la comprensión cristocéntrica del bien de los cónyuges: «“Resulta particularmente oportuno comprender en clave cristocéntrica [...] el bien de los cónyuges (*bonum coniugum*)” (*Relación final 2015*, 47), que incluye la unidad, la apertura a la vida, la fidelidad y la indisolubilidad» (AL 77). Este bien de los cónyuges queda asegurado por la fundación de la nueva familia, de la que ellos son los primeros responsables. Por eso han de vigilar para que el santuario matrimonial y familiar no se vea en peligro por enemigos más evidentes o más sutiles. Entre estos últimos se encuentra la tentación de mirar con nostalgia o como un refugio a la familia donde uno recibió la vida. Señala el papa: «“Abandonará el hombre a su padre y a su madre” (Gn 2,24), dice la Palabra de Dios. Esto a veces no se cumple, y el matrimonio no termina de asumirse porque no se ha hecho esa renuncia y esa entrega» (AL 190).

El papa explica también la sinergia entre acción divina y humana en este sacramento: «el varón y la mujer que se casan [...], al manifestar su consentimiento y expresarlo en su entrega corpórea, reciben un gran don. Su consentimiento y la unión de sus cuerpos son los instrumentos de la acción divina que los hace una sola carne. En el bautismo quedó consagrada su capacidad de unirse en matrimonio como ministros del Señor para responder al llamado de Dios. [...] De todos modos, necesitamos reflexionar más acerca de la acción divina en el rito nupcial, que aparece muy destacada en las Iglesias orientales, al resaltar la importancia de la bendición sobre los contrayentes como signo del don del Espíritu» (AL 75)²¹.

²⁰ AL 73.

²¹ Cf. también AL 134: «El don del amor divino que se derrama en los esposos es al mismo tiempo un llamado a un constante desarrollo de ese regalo de la gracia».

Es la acción de Dios en los cónyuges unidos en matrimonio la que permite vivir sus notas²². El papa recoge una expresión de san Roberto Belarmino para explicarlo: «Como decía san Roberto Belarmino, “El hecho de que uno solo se una con una sola en un lazo indisoluble, de modo que no puedan separarse, cualesquiera sean las dificultades, y aun cuando se haya perdido la esperanza de la prole, esto no puede ocurrir sin un gran misterio”»²³.

Toda la vida matrimonial estará cuidada por la Iglesia: «valor fundamental de la dirección espiritual, de los inestimables recursos espirituales de la Iglesia y de la Reconciliación sacramental» (AL 204). El posible descuido de esta solicitud²⁴ lleva al papa a afirmar: tanto la preparación próxima como el acompañamiento más prolongado, deben asegurar que los novios no vean el casamiento como el final del camino, sino que asuman el matrimonio como una vocación que los lanza hacia adelante, con la firme y realista decisión de atravesar juntos todas las pruebas y momentos difíciles (AL 211).

Con el ritmo de vida actual, la mayoría de los matrimonios no estarán dispuestos a reuniones frecuentes, y no podemos reducirnos a una pastoral de pequeñas élites. Hoy, la pastoral familiar debe ser fundamentalmente misionera, en salida, en cercanía (cf. AL 230).

1.3. Riqueza del sacramento

El don sacramental goza de significados propios: el matrimonio es un signo precioso, porque «cuando un hombre y una mujer celebran el sacramento del matrimonio, Dios, por decirlo así, se “refleja” en ellos, imprime en ellos los propios rasgos y el carácter indeleble de su amor. El matrimonio es la imagen del amor de Dios por nosotros»²⁵. Es conocido el modo en que los profetas y otros lugares del Antiguo Testamento se sirven de las imágenes conyugales para mostrar la relación de Dios con su pueblo. Este fundamento y el

²² Cf. AL 164.

²³ AL 124.

²⁴ «Tampoco hemos hecho un buen acompañamiento de los nuevos matrimonios en sus primeros años, con propuestas que se adapten a sus horarios, a sus lenguajes, a sus inquietudes más concretas» (AL 36).

²⁵ AL 121.

Evangelio de la familia que Jesús predica²⁶ sitúan la relación matrimonial en su justo lugar.

A partir de ello, la Iglesia se convierte en la primera defensora del matrimonio y de la familia con todo lo que esto implica. Por ejemplo, en relación con el amor erótico, afirma el papa: «la enseñanza oficial de la Iglesia, fiel a las Escrituras, no rechazó “el *eros* como tal, sino que declaró guerra a su desviación destructora, puesto que la falsa divinización del *eros* [...] lo priva de su dignidad divina y lo deshumaniza”»²⁷. Comprendido esto, vivir el amor en todas sus dimensiones permite el crecimiento personal y matrimonial: «El camino implica pasar por distintas etapas que convocan a donarse con generosidad: del impacto inicial, caracterizado por una atracción marcadamente sensible, se pasa a la necesidad del otro percibido como parte de la propia vida. De allí se pasa al gusto de la pertenencia mutua, [...] a la capacidad de poner la felicidad del otro por encima de las propias necesidades, y al gozo de ver el propio matrimonio como un bien para la sociedad» (AL 220)²⁸.

Este camino es una cuestión de tiempo (AL 224). El amor matrimonial se encuentra, por fin, con el misterio de la muerte, que también es objeto de la solicitud del papa (cf. AL 253-258).

El Romano Pontífice dedica el capítulo quinto específicamente, aunque también lo examina en otros lugares —como veremos—, a presentar la manera en que el amor se vuelve fecundo, si bien el título de ese capítulo nos parecería mejor «El amor es fecundo», pues la fecundidad es una dimensión esencial del amor. Así lo manifiesta el mismo papa en el número 165: «El amor siempre da vida. Por eso, el amor conyugal “no se agota dentro de la pareja”»²⁹. La fecundidad está ligada a la esperanza de la familia, a su ilusión, que el papa describe como «sueño»: «No es posible una familia sin soñar»³⁰. En esta misma línea, el papa invita a una comprensión abierta del

²⁶ Sobre el concepto «Evangelio de la familia», vid. MELINA, «Familia y Nueva Evangelización», 694-696.

²⁷ AL 147. Puede verse también, a este respecto, AL 159.

²⁸ Cf. también AL 89-90.

²⁹ Cf. también AL 80: «Desde el comienzo, el amor rechaza todo impulso de cerrarse en sí mismo, y se abre a una fecundidad que lo prolonga».

³⁰ AL 169.

propio matrimonio: «quiero insistir en que un desafío de la pastoral matrimonial es ayudar a descubrir que el matrimonio no puede entenderse como algo acabado. [...] al unirse, los esposos se convierten en protagonistas [...] de su historia» (cf. AL 218-219). Quizá podría completarse esta idea con la necesidad de la apertura a la Voluntad de Dios, verdadero protagonista de la historia de cada hombre.

El amor, la fecundidad y la esperanza engendran alegría: recuerdo un refrán que decía que el agua estancada se corrompe, se echa a perder. Es lo que pasa cuando esa vida del amor en los primeros años del matrimonio se estanca, deja de estar en movimiento, deja de tener esa inquietud que la empuja hacia delante. La danza hacia adelante [...] con esos ojos asombrados hacia la esperanza, no debe detenerse. En el noviazgo y en los primeros años del matrimonio la esperanza es la que lleva la fuerza de la levadura, la que hace mirar más allá de las contradicciones, de los conflictos, de las coyunturas, la que siempre hace ver más allá. Es la que pone en marcha toda inquietud para mantenerse en un camino de crecimiento (AL 219).

Igualmente, así escribe el papa a cada madre embarazada: a cada mujer embarazada quiero pedirle con afecto: Cuida tu alegría, que nada te quite el gozo interior de la maternidad. [...] No permitas que los miedos, las preocupaciones, los comentarios ajenos o los problemas apaguen esa felicidad de ser instrumento de Dios para traer una nueva vida al mundo (AL 171). Así, «la alegría del amor que se vive en las familias es también el júbilo de la Iglesia» (AL 1). La exhortación, al presentar en su número 8 el salmo 128 (127), como pórtico para los desarrollos posteriores, está diciendo que el matrimonio y la casa, lugar de la familia, se regocijan en la fecundidad³¹. Ésta no es sólo capacidad biológica; se trata de una participación del amor de Dios a través del matrimonio: «Ambos, varón y mujer, padre y madre, son “cooperadores del amor de Dios Creador y en cierta manera sus intérpre-

³¹ Cf. también AL 14: «en el Salmo 127 se exalta el don de los hijos con imágenes que se refieren tanto a la edificación de una casa, como a la vida social y comercial que se desarrollaba en la puerta de la ciudad: “Si el Señor no construye la casa, en vano se cansan los albañiles; la herencia que da el Señor son los hijos; su salario, el fruto del vientre: son saetas en mano de un guerrero los hijos de la juventud; dichoso el hombre que llena con ellas su aljaba: no quedará derrotado cuando litigue con su adversario en la plaza” (vv. 1.3-5)».

tes”»³². La participación reclama una continua referencia al origen. Citando a Juan Pablo II, afirma la exhortación: «Nuestro Dios, en su misterio más íntimo, no es una soledad, sino una familia, puesto que lleva en sí mismo paternidad, filiación y la esencia de la familia que es el amor. Este amor, en la familia divina, es el Espíritu Santo»³³.

De esta manera se hace comprensible la paternidad humana: «Frente a situaciones en las que el hijo es querido a cualquier precio, como un derecho a la propia autoafirmación, la adopción y la acogida, entendidas correctamente, muestran un aspecto importante del ser padres y del ser hijos, en cuanto ayudan a reconocer que los hijos, tanto naturales como adoptados o acogidos, son otros sujetos en sí mismos y que hace falta recibirlos, amarlos, hacerse cargo de ellos y no sólo traerlos al mundo» (*Relación final 2015*, 65)³⁴.

Las dimensiones estudiadas anteriormente se unen en un proyecto de orden superior, como es la *historia salutis*. Lo sintetiza el número 8 de la exhortación³⁵. En el número 21 vemos cómo Jesús obra milagros en favor de la familia fecunda. Sin embargo, no es ajeno a la misma historia de salvación un sendero de sufrimiento y sangre que impide la fecundidad familiar según el plan de Dios. Así lo presenta el papa en los números 19 a 22 de la exhortación.

El amor mutuo que engendra el matrimonio y, a través de él, la familia, requiere la unión, en igual dignidad, de la diversidad sexual: «Cuando uno lee el pasaje de la Biblia sobre la creación del hombre y de la mujer, ve que Dios primero plasma al hombre (cf. Gn 2,7), después se da cuenta de que falta algo esencial y plasma a la mujer» (AL 221). El verdadero concepto de sexos diferentes engendra una sana masculinidad y femineidad que permiten un matrimonio lleno de frutos.

En cuanto a la esposa, afirma el papa: «Valoro el feminismo cuando no pretende la uniformidad ni la negación de la maternidad» (AL 173); para añadir más tarde este agradecimiento: «Queridísimas mamás, gracias, gracias por lo que sois en la familia y por lo que dais a la Iglesia y al mundo»³⁶.

³² AL 172. Cf. también AL 10.

³³ AL 11.

³⁴ AL 180.

³⁵ Puede verse también AL 11 y MELINA, «Familia y Nueva Evangelización», 693-694.

³⁶ AL 174. Cf. también MELINA, «Familia y Nueva Evangelización», 697.

Recogiendo el elogio a la madre de familia en el Antiguo Testamento, escribe el Santo Padre: «En el libro de los Proverbios también se hace presente la tarea de la madre de familia, cuyo trabajo se describe en todas sus particularidades cotidianas, atrayendo la alabanza del esposo y de los hijos (cf. 31,10-31)» (AL 27). Y, más adelante: «su ser mujer implica también una misión peculiar en esta tierra, que la sociedad necesita proteger y preservar para bien de todos»³⁷.

En cuanto al esposo, escribe el papa: el varón «juega un papel igualmente decisivo en la vida familiar, especialmente en la protección y el sostenimiento de la esposa y los hijos [...]. La ausencia del padre marca severamente la vida familiar, la educación de los hijos y su integración en la sociedad. [...] Esta carencia priva a los niños de un modelo apropiado de conducta paterna» (*Relación final 2015*, 28)³⁸. La presencia paterna, y por tanto su autoridad, se ve afectada también por el tiempo cada vez mayor que se dedica a los medios de comunicación y a la tecnología de la distracción. Hoy, además, la autoridad está puesta bajo sospecha y los adultos son crudamente cuestionados (AL 176). La presencia del padre y de la madre son, pues, necesarias³⁹. Pero hoy constatamos, tantas veces, su ausencia.

1.4. Situaciones complejas

El don de Dios que se recibe en el matrimonio ayuda también a afrontar las «situaciones imperfectas»: «partiendo del don de Cristo en el sacramento, “sean conducidos pacientemente más allá hasta llegar a un conocimiento más rico y a una integración más plena de este misterio en su vida”⁴⁰. Este don divino es una invitación a que aquéllos que se encuentran en «situaciones irregulares» se conviertan a Dios. La Iglesia pide para ellos esta gracia (cf. AL 78; 297) y les acompaña en su camino: invito a los fieles que están viviendo situaciones complejas, a que se acerquen con confianza a conversar con sus pastores o con laicos que viven entregados al Señor. No siempre

³⁷ AL 173.

³⁸ AL 55.

³⁹ Desarrollaremos más este tema en el apartado 3.1.

⁴⁰ AL 76.

encontrarán en ellos una confirmación de sus propias ideas o deseos, pero seguramente recibirán una luz que les permita comprender mejor lo que les sucede y podrán descubrir un camino de maduración personal. E invito a los pastores a escuchar con afecto y serenidad, con el deseo sincero de entrar en el corazón del drama de las personas y de comprender su punto de vista, para ayudarles a vivir mejor (AL 312).

Atención especial suponen los matrimonios y familias que se han separado de la vida eclesial: «Es verdad que muchos matrimonios desaparecen de la comunidad cristiana después del casamiento, pero muchas veces desperdiciamos algunas ocasiones en que vuelven a hacerse presentes, donde podríamos reproponerles de manera atractiva el ideal del matrimonio cristiano y acercarlos a espacios de acompañamiento: me refiero, por ejemplo, al bautismo de un hijo, a la primera comunión, o cuando participan de un funeral o del casamiento de un pariente o amigo. Casi todos los matrimonios reaparecen en esas ocasiones, que podrían ser mejor aprovechadas. Otro camino de acercamiento es la bendición de los hogares o la visita de una imagen de la Virgen, que dan la ocasión para desarrollar un diálogo pastoral acerca de la situación de la familia» (AL 230).

Sobre los matrimonios con disparidad de culto, afirma la exhortación: «Los matrimonios con disparidad de culto [...] comportan algunas dificultades especiales, sea en lo relativo a la identidad cristiana de la familia, como a la educación religiosa de los hijos [...]. El número de familias compuestas por uniones conyugales con disparidad de culto, en aumento en los territorios de misión, e incluso en países de larga tradición cristiana, requiere urgentemente una atención pastoral diferenciada en función de los diversos contextos sociales y culturales» (*Relación final 2015*, 73). «Desafíos peculiares enfrentan las parejas y las familias en las que uno de los cónyuges es católico y el otro un no-creyente» (*ibid.*, 74)⁴¹. También son objeto de la atención de la Iglesia los matrimonios y familias naturales que no se fundan en la realidad sacramental. Así lo encontramos en los números 76 y 77 de la exhortación⁴².

En otro orden de cosas, la capital importancia del matrimonio y la familia

⁴¹ AL 248.

⁴² Vid. también MELINA, «Familia y Nueva Evangelización», 695.

para la vida social lleva al papa a pedir: «Las familias tienen, entre otros derechos, el de “poder contar con una adecuada política familiar por parte de las autoridades públicas en el terreno jurídico, económico, social y fiscal”»⁴³. Y es que «ya no se advierte con claridad que sólo la unión exclusiva e indisoluble entre un varón y una mujer cumple una función social plena, por ser un compromiso estable y por hacer posible la fecundidad. [...] Ninguna unión precaria o cerrada a la comunicación de la vida nos asegura el futuro de la sociedad» (AL 52).

2. DIVERSOS TIPOS DE FECUNDIDAD

Una vez examinada la importante cuestión de la familia fecunda como don que Dios hace al mundo y a la Iglesia, entremos a estudiar en qué consista esta fecundidad. Su sentido más evidente, el de la generación física, no puede ser aislado de las demás implicaciones de la paternidad ni de toda la amplitud que supone la fundación de un matrimonio y de la familia consecuente, tanto para el mundo como para la Iglesia⁴⁴:

Conviene también recordar que la procreación o la adopción no son las únicas maneras de vivir la fecundidad del amor. Aun la familia con muchos hijos está llamada a dejar su huella en la sociedad donde está inserta, para desarrollar otras formas de fecundidad que son como la prolongación del amor que la sustenta. No olviden las familias cristianas que «la fe no nos aleja del mundo, sino que nos introduce más profundamente en él [...]. Cada uno de nosotros tiene un papel especial que desempeñar en la preparación de la venida del Reino de Dios»⁴⁵. La familia no debe pensar a sí misma como un recinto llamado a protegerse de la sociedad. No se queda a la espera, sino que sale de sí en la búsqueda solidaria. Así se convierte en un nexo de integración de la persona con la sociedad y en un punto de unión entre lo público y lo privado. Los matrimonios necesitan adquirir una clara y convencida

⁴³ AL 44.

⁴⁴ Sobre el tema de la fecundidad ampliada, cf. AL 178-184.

⁴⁵ *Discurso en el Encuentro con las Familias en Manila* [16 enero 2015]: AAS 107 [2015] 178.

conciencia sobre sus deberes sociales. Cuando esto sucede, el afecto que los une no disminuye, sino que se llena de nueva luz⁴⁶.

Veremos en este apartado segundo qué sentidos de fecundidad encontramos en la exhortación apostólica, reservando el tema de los hijos y su educación para el apartado tercero⁴⁷. El salmo 128 (127) constituye el pórtico de la exhortación. Todo él habla de la felicidad del hombre que teme al Señor y sigue sus caminos, es decir, del hombre que vive la Voluntad de Dios amándola. Cuando esta Voluntad pide la fundación de una «casa», de una familia, la obra del hombre la posibilita («del trabajo de tus manos comerás»)⁴⁸. El corazón del salmo lo constituyen la esposa y los hijos, la familia, adjetivados por los elementos que en la cultura israelita hablan de fecundidad y dicha: el vino y el aceite, la comida y el hogar. Todo ello es la bendición del hombre que teme al Señor o, si queremos, la presencia de Dios en la vida del hombre que sigue Sus caminos. La prosperidad permanente de Jerusalén, centro de la tierra prometida, una larga vida y descendencia, así como la paz para el Pueblo Santo de Dios, vistas —esto es, vividas— por el hombre envuelven la bendición interna de su casa.

Sin embargo, esta familia idílica ha sido herida por el pecado, y la Sagrada Escritura da clara muestra de ello. La exhortación sintetiza ese sendero de sufrimiento y sangre en los números 19 a 21, abriendo siempre el horizonte a la esperanza y presentando la Palabra de Dios como compañera en el viaje⁴⁹. La Iglesia, nuevo Pueblo de Dios, custodia la vida matrimonial y familiar y, por ello, trabaja por la fecundidad de los cónyuges⁵⁰.

2.1. Valor del matrimonio y la familia

Comencemos señalando el valor natural del matrimonio. El papa lo hace de la siguiente manera: la unión encuentra en esa institución [matrimonio] el

⁴⁶ AL 181.

⁴⁷ Cf. AL 6.

⁴⁸ Cf. AL 23: «Al comienzo del Salmo 128, el padre es presentado como un trabajador, quien con la obra de sus manos puede sostener el bienestar físico y la serenidad de su familia: “Comerás del trabajo de tus manos, serás dichoso, te irá bien” (v. 2)».

⁴⁹ Cf. AL 22.

⁵⁰ Cf. AL 38.

modo de encauzar su estabilidad y su crecimiento real y concreto. [...] Esto vale mucho más que una mera asociación espontánea para la gratificación mutua, que sería una privatización del matrimonio. El matrimonio como institución social es protección y cauce para el compromiso mutuo, para la maduración del amor, para que la opción por el otro crezca en solidez, concretización y profundidad, y a su vez para que pueda cumplir su misión en la sociedad. Por eso, el matrimonio va más allá de toda moda pasajera y persiste. [...] Implica una serie de obligaciones, pero que brotan del mismo amor⁵¹.

El Concilio Vaticano II enseña que este amor conyugal «abarca el bien de toda la persona, y, por tanto, puede enriquecer con una dignidad peculiar las expresiones del cuerpo y del espíritu, y ennoblecerlas como signos especiales de la amistad conyugal» (Const. past. *Gaudium et spes*, sobre la Iglesia en el mundo actual, 49). [...] «Todos los místicos han afirmado que el amor sobrenatural y el amor celeste encuentran los símbolos que buscan en el amor matrimonial, más que en la amistad, más que en el sentimiento filial o en la dedicación a una causa. Y el motivo está justamente en su totalidad»⁵².

El matrimonio engendra la familia, que «“contiene en su seno los dos principios-base de la civilización humana sobre la tierra: el principio de comunión y el principio de fecundidad”»⁵³.

Ahora bien, por ese sendero de sufrimiento y sangre que mencionábamos algo más arriba, la vitalidad de la familia depende en realidad de su respuesta al don de Dios. Los medios humanos para su crecimiento, siempre necesarios, no pueden sustituir nunca el tesoro de la fe, que constituye su vida perfecta. Y la fe, recibida en el Bautismo, es —por supuesto— el núcleo explicativo del matrimonio sacramental: «Su consentimiento y la unión de sus cuerpos son los instrumentos de la acción divina que los hace una sola carne. En el bautismo quedó consagrada su capacidad de unirse en matrimonio como ministros del Señor para responder al llamado de Dios» (AL 75). Esta afirmación queda explicada por otras: «El don recíproco constitutivo del

⁵¹ AL 131. Cf. también AL 132.

⁵² AL 142.

⁵³ AL 277. Cf. también AL 172; BENEDICTUS XVI, *Il discorso a conclusione*, 599-600; MELINA, «Familia y Nueva Evangelización», 697-698.

matrimonio sacramental arraiga en la gracia del bautismo, que establece la alianza fundamental de toda persona con Cristo en la Iglesia. En la acogida mutua, y con la gracia de Cristo, los novios se prometen entrega total, fidelidad y apertura a la vida, y además reconocen como elementos constitutivos del matrimonio los dones que Dios les ofrece, tomando en serio su mutuo compromiso, en su nombre y frente a la Iglesia» (*Relatio Synodi 2014*, 21).

El matrimonio cristiano es un signo que no sólo indica cuánto amó Cristo a su Iglesia en la Alianza sellada en la cruz, sino que hace presente ese amor en la comunión de los esposos. [...] Por eso «en las alegrías de su amor y de su vida familiar les da, ya aquí, un gusto anticipado del banquete de las bodas del Cordero» (*ibid.*). Aunque «la analogía entre la pareja marido –mujer y Cristo– Iglesia» es una «analogía imperfecta», invita a invocar al Señor para que derrame su propio amor en los límites de las relaciones conyugales⁵⁴.

En cuanto a los cónyuges, indiquemos primeramente que el matrimonio requiere una conveniente compatibilidad que no elimina la diversidad, sino que la engrandece en sus elementos de bondad. Por la *vis sacramenti* se pueden afrontar los límites personales que revierten en las relaciones conyugales. Aun así, el noviazgo, además de ser el tiempo del discernimiento sobre la persona concreta, es también ocasión para la sanación de los posibles obstáculos en el matrimonio. Afirma el papa:

En todo caso, si se reconocen con claridad los puntos débiles del otro, es necesario que haya una confianza realista en la posibilidad de ayudarlo a desarrollar lo mejor de su persona para contrarrestar el peso de sus fragilidades, con un firme interés en promoverlo como ser humano. Esto implica aceptar con sólida voluntad la posibilidad de afrontar algunas renunciaciones, momentos difíciles y situaciones conflictivas, y la decisión firme de prepararse para ello. Se deben detectar las señales de peligro que podría tener la relación, para encontrar antes del casamiento recursos que permitan afrontarlas con éxito⁵⁵.

Con todo lo anterior, entendemos esta otra afirmación del papa: el debilitamiento de la fe y de la práctica religiosa en algunas sociedades afecta a las

⁵⁴ AL 73. Cf. también AL 121; 213; 307.

⁵⁵ AL 210.

familias y las deja más solas con sus dificultades. [...] «Asimismo, hay una sensación general de impotencia frente a la realidad socioeconómica que a menudo acaba por aplastar a las familias [...]. Las consecuencias negativas desde el punto de vista de la organización social son evidentes: de la crisis demográfica a las dificultades educativas, de la fatiga a la hora de acoger la vida naciente a sentir la presencia de los ancianos como un peso, hasta el difundirse de un malestar afectivo que a veces llega a la violencia. El Estado tiene la responsabilidad de crear las condiciones legislativas y laborales para garantizar el futuro de los jóvenes y ayudarlos a realizar su proyecto de formar una familia» (*Relatio Synodi 2014*, 6)⁵⁶.

La ceremonia del matrimonio tiene unos significados para la fecundidad de la familia que han de ser resaltados: también se puede meditar con las lecturas bíblicas y enriquecer la comprensión de los anillos que se intercambian, o de otros signos que formen parte del rito. Pero no sería bueno que se llegue al casamiento sin haber orado juntos, el uno por el otro, pidiendo ayuda a Dios para ser fieles y generosos, preguntándole juntos a Dios qué es lo que él espera de ellos, e incluso consagrando su amor ante una imagen de María. Quienes los acompañen en la preparación del matrimonio deberían orientarlos para que sepan vivir esos momentos de oración que pueden hacerles mucho bien (AL 216).

El papa también se detiene en el valor permanente del consentimiento matrimonial: a veces, los novios no perciben el peso teológico y espiritual del consentimiento, que ilumina el significado de todos los gestos posteriores. Hace falta destacar que esas palabras no pueden ser reducidas al presente; implican una totalidad que incluye el futuro: «hasta que la muerte los separe». El sentido del consentimiento muestra que «libertad y fidelidad no se oponen, más bien se sostienen mutuamente, tanto en las relaciones interpersonales, como en las sociales. [...] El honor de la palabra dada, la fidelidad a la promesa, no se pueden comprar ni vender. No se pueden imponer con la fuerza, pero tampoco custodiar sin sacrificio»⁵⁷.

⁵⁶ AL 43.

⁵⁷ AL 214. Cf. también AL 215.

2.2. *Caridad conyugal*

Para entender el concepto de caridad conyugal, comencemos por otro ligado a él intrínsecamente, el amor conyugal⁵⁸. El papa lo explica en el número 123 de la exhortación: después del amor que nos une a Dios, el amor conyugal es la «máxima amistad»⁵⁹. Es una unión que tiene todas las características de una buena amistad: búsqueda del bien del otro, reciprocidad, intimidad, ternura, estabilidad, y una semejanza entre los amigos que se va construyendo con la vida compartida. Pero el matrimonio agrega a todo ello una exclusividad indisoluble [...]. Seamos sinceros y reconozcamos las señales de la realidad: [...] quienes acompañan la celebración de una unión llena de amor, aunque frágil, esperan que pueda perdurar en el tiempo; los hijos no sólo quieren que sus padres se amen, sino también que sean fieles y sigan siempre juntos. [...] La unión que cristaliza en la promesa matrimonial para siempre, es más que una formalidad social o una tradición, porque arraiga en las inclinaciones espontáneas de la persona humana. Y [...] es una alianza ante Dios que reclama fidelidad.

Más adelante concreta algunos modos de vivir ese amor conyugal: el amor de amistad unifica todos los aspectos de la vida matrimonial, y ayuda a los miembros de la familia a seguir adelante en todas las etapas. Por eso, los gestos que expresan ese amor deben ser constantemente cultivados, sin mezquindad, llenos de palabras generosas. [...] «Cuando en una familia no se es egoísta y se aprende a decir “gracias”, y cuando en una familia uno se da cuenta que hizo algo malo y sabe pedir “perdón”, en esa familia hay paz y hay alegría»⁶⁰. No seamos mezquinos en el uso de estas palabras, seamos

⁵⁸ Entendemos amor conyugal como el amor entre los cónyuges que no está ordenado por la gracia de Dios, y caridad conyugal como ese amor santificado por la misma gracia en virtud del Bautismo y, por ende, del Sacramento del matrimonio. Cf. AL 120; J. NORIEGA BASTOS, «Amor conyugal y don del Espíritu», en: L. MELINA – J. NORIEGA – J. J. PÉREZ-SOBA, *Una luz para el obrar. Experiencia moral, caridad y acción cristiana* (Palabra, Madrid 2006) 271-288).

⁵⁹ TOMÁS DE AQUINO, *Summa contra Gentiles*, III, 123; cf. Aristóteles, *Ética a Nicómaco*, 8, 12 [ed. Bywater, Oxford 1984] 174.

⁶⁰ *Ángelus* [29 diciembre 2013]: *L'Osservatore Romano*, ed. semanal en lengua española, 3 de enero de 2014, p. 2.

generosos para repetir las día a día [...] las palabras adecuadas, dichas en el momento justo, protegen y alimentan el amor día tras día»⁶¹.

Avanzando en el análisis, el amor conyugal es la respuesta al don previo, procedente de Dios, que se manifiesta a través del sistema pasional o afectivo del hombre. En efecto, las pasiones «se producen cuando “otro” se hace presente y se manifiesta en la propia vida»⁶². Ahora bien, para que esa respuesta a Dios a través de una persona o de una acción, sea conveniente, ha de estar ordenada⁶³. Por eso, «el amor matrimonial lleva a procurar que toda la vida emotiva se convierta en un bien para la familia y esté al servicio de la vida en común»⁶⁴. Esta ordenación del amor conyugal y familiar «requiere un camino pedagógico, un proceso que incluye renunciaciones. Es una convicción de la Iglesia que muchas veces ha sido rechazada, como si fuera enemiga de la felicidad humana»⁶⁵. Este camino pedagógico es muy necesario en los primeros años de matrimonio, y más en la sociedad emotivista en que nos movemos: cuando el amor se convierte en una mera atracción o en una afectividad difusa, esto hace que los cónyuges sufran una extraordinaria fragilidad cuando la afectividad entra en crisis o cuando la atracción física decae. Dado que estas confusiones son frecuentes, se vuelve imprescindible acompañar en los primeros años de la vida matrimonial para enriquecer y profundizar la decisión consciente y libre de pertenecerse y de amarse hasta el fin (AL 217)⁶⁶.

Poniendo en relación el matrimonio con la virginidad consagrada, el papa explica el significado teológico del amor conyugal: «la virginidad [...] refleja [...] la libertad del Reino de los Cielos. Es una invitación a los esposos para que vivan su amor conyugal en la perspectiva del amor definitivo a Cristo, como un camino común hacia la plenitud del Reino. A su vez, el amor de los esposos tiene otros valores simbólicos: por una parte, es un peculiar reflejo de la Trinidad. La Trinidad es unidad plena, pero en la cual existe también la distinción. [...] el matrimonio es un signo «histórico» para

⁶¹ AL 133.

⁶² AL 143.

⁶³ Cf. AL 145.

⁶⁴ AL 146.

⁶⁵ AL 147. Cf. también AL 148.

⁶⁶ Cf. también AL 218.

los que caminamos en la tierra, un signo del Cristo terreno que aceptó unirse a nosotros y se entregó hasta darnos su sangre» (AL 161).

La santificación sacramental del matrimonio ha introducido el infinito poder de la gracia en esa unión, transformándola y haciendo del amor conyugal «caridad conyugal». Así lo presenta el papa: «La caridad conyugal es el amor que une a los esposos (santo Tomás de Aquino entiende el amor como «*vis unitiva*»⁶⁷, santificado, enriquecido e iluminado por la gracia del sacramento del matrimonio. Es una «unión afectiva», espiritual y oblativa, pero que recoge en sí la ternura de la amistad y la pasión erótica, aunque es capaz de subsistir aun cuando los sentimientos y la pasión se debiliten. El papa Pío XI enseñaba que ese amor permea todos los deberes de la vida conyugal y «tiene cierto principado de nobleza». Porque ese amor fuerte, derramado por el Espíritu Santo, es reflejo de la Alianza inquebrantable entre Cristo y la humanidad que culminó en la entrega hasta el fin, en la cruz: “El Espíritu que infunde el Señor renueva el corazón y hace al hombre y a la mujer capaces de amarse como Cristo nos amó. El amor conyugal alcanza de este modo la plenitud a la que está ordenado interiormente, la caridad conyugal”⁶⁸.

La recíproca donación propia del matrimonio es la manifestación principal de la caridad conyugal: retomemos la sabia explicación de san Juan Pablo II: «La comunidad o unidad que deben formar por el matrimonio se realiza a través de una recíproca donación, que es también una mutua sumisión». En realidad el texto bíblico invita a superar el cómodo individualismo para vivir referidos a los demás, «sujetos los unos a los otros» (Ef 5,21). En el matrimonio, esta recíproca «sumisión» adquiere un significado especial, y se entiende como una pertenencia mutua libremente elegida, con un conjunto de notas de fidelidad, respeto y cuidado. La sexualidad está de modo inseparable al servicio de esa amistad conyugal, porque se orienta a procurar que el otro viva en plenitud» (AL 156).

Los números 125 y 127 de la exhortación manifiestan especialmente —a mi modo de ver— cómo la caridad conyugal (que abarca un amplio espectro

⁶⁷ *Summa Theologiae* I, a. 20, 1, ad 3], retomando una expresión de Dionisio Ps. Areopagita [*De divinis nominibus*, 4, 12: PG, 709.

⁶⁸ AL 120.

de realidades) es expresión de la fecundidad del matrimonio. Asimismo, la alegría que engendra esa caridad (cf. AL 126).

2.3. *Sexualidad*

Dios mismo creó la sexualidad, que es un regalo maravilloso para sus creaturas. Cuando se la cultiva y se evita su descontrol, es para impedir que se produzca el «empobrecimiento de un valor auténtico»⁶⁹. San Juan Pablo II rechazó que la enseñanza de la Iglesia lleve a «una negación del valor del sexo humano», o que simplemente lo tolere «por la necesidad misma de la procreación» (*ibid.*, 3)⁷⁰.

La sexualidad es un regalo de Dios al hombre, esencial a él. Dios los creó varón y mujer⁷¹. Como todas nuestras dimensiones, ha de ser educada para llevarnos a la plenitud querida por Dios para nosotros⁷² y también sanada de las heridas del pecado. La unión sexual, vivida de modo humano y santificada por el sacramento, es a su vez camino de crecimiento en la vida de la gracia para los esposos. Es el «misterio nupcial». El valor de la unión de los cuerpos está expresado en las palabras del consentimiento, donde se aceptaron y se entregaron el uno al otro para compartir toda la vida. Esas palabras otorgan un significado a la sexualidad⁷³.

Se trata de una unión llena de amor y de entrega. Afirma el papa: el rechazo de las desviaciones de la sexualidad y del erotismo nunca debería llevarnos a su desprecio ni a su descuido. [...] Recordemos que un verdadero amor sabe también recibir del otro, es capaz de aceptarse vulnerable y necesitado, no renuncia a acoger con sincera y feliz gratitud las expresiones corpóreas del amor en la caricia, el abrazo, el beso y la unión sexual. [...] «No puede dar únicamente y siempre, también debe recibir. Quien quiere dar amor, debe a su vez recibirlo como don»⁷⁴. De ahí que la unión sexual entre

⁶⁹ Juan Pablo II, *Catequesis* [22 octubre 1980] 5: *L'Osservatore Romano*, ed. semanal en lengua española, 26 de octubre de 1980, p. 3.

⁷⁰ AL 150.

⁷¹ Cf. Gn 1,27.

⁷² Cf. AL 151.

⁷³ AL 74. Cf. también AL 154.

⁷⁴ AL 157.

los cónyuges sirva a los dos fines del matrimonio: su bien propio y la descendencia. Que esta última no se produzca no quiere decir que los esposos no hayan logrado el fin matrimonial: «también “los esposos a los que Dios no ha concedido tener hijos pueden llevar una vida conyugal plena de sentido, humana y cristianamente”»⁷⁵.

El erotismo es una dimensión de la unión sexual de la que también se ocupa la exhortación: «de ninguna manera podemos entender la dimensión erótica del amor como un mal permitido o como un peso a tolerar por el bien de la familia, sino como don de Dios que embellece el encuentro de los esposos. [...] nos muestra de qué maravillas es capaz el corazón humano» (AL 152). La unión sexual ha sido también herida por el pecado: cuando la preciosa pertenencia recíproca se convierte en un dominio, «cambia esencialmente la estructura de comunión en la relación interpersonal». En la lógica del dominio, el dominador también termina negando su propia dignidad, y en definitiva deja «de identificarse subjetivamente con el propio cuerpo», ya que le quita todo significado. Vive el sexo como evasión de sí mismo y como renuncia a la belleza de la unión (AL 155)⁷⁶.

2.4. *Crecimiento de la vida matrimonial*

El Sínodo de 2014 señaló lo siguiente acerca de los matrimonios: «los cónyuges se sienten a menudo inseguros, indecisos y les cuesta encontrar los modos para crecer. [...] La crisis de los esposos desestabiliza la familia y, a través de las separaciones y los divorcios, puede llegar a tener serias consecuencias para los adultos, los hijos y la sociedad» (*Relatio Synodi 2014*, 10)⁷⁷.

De ahí que la Iglesia esté llamada a acompañar a los matrimonios, especialmente en su primera etapa: los Padres sinodales han indicado que «los primeros años de matrimonio son un período vital y delicado durante el cual los cónyuges crecen en la conciencia de los desafíos y del significado del matrimonio. De aquí la exigencia de un acompañamiento pastoral que conti-

⁷⁵ AL 80.

⁷⁶ En el apartado tercero veremos, con otras perspectivas, el modo en que el pecado ha herido la unión sexual de los cónyuges.

⁷⁷ AL 41.

núe después de la celebración del sacramento. Resulta de gran importancia [...] la presencia de esposos con experiencia. [...] alentar a los cónyuges a reunirse regularmente para que crezca la vida espiritual y la solidaridad en las exigencias concretas de la vida. Liturgias, prácticas de devoción y Eucaristías celebradas para las familias, sobre todo en el aniversario del matrimonio, se citaron como ocasiones vitales para favorecer la evangelización mediante la familia» (*Relatio Synodi 2014*, 40)⁷⁸.

La enseñanza de la Iglesia «ayuda a vivir de manera armoniosa y consciente la comunión entre los cónyuges, en todas sus dimensiones, junto a la responsabilidad generativa. [...] La opción de la adopción y de la acogida expresa una fecundidad particular de la experiencia conyugal» (*Relatio Synodi 2014*, 58)⁷⁹. Al hilo de los retos y de los dones de Dios, el papa invita a ver el «matrimonio como un desafío que requiere luchar, renacer, reinventarse y empezar siempre de nuevo hasta la muerte» (AL 124)⁸⁰.

Con expresiones cargadas de significado, explica el camino matrimonial: «Cuando se descubre la realidad, más limitada y desafiante que lo que se había soñado, la solución no es pensar rápida e irresponsablemente en la separación, sino asumir el matrimonio como un camino de maduración, donde cada uno de los cónyuges es un instrumento de Dios para hacer crecer al otro. Es posible el cambio, el crecimiento, el desarrollo de las potencialidades buenas que cada uno lleva en sí. Cada matrimonio es una «historia de salvación», y esto supone que se parte de una fragilidad que, gracias al don de Dios y a una respuesta creativa y generosa, va dando paso a una realidad cada vez más sólida y preciosa. Quizás la misión más grande de un hombre y una mujer en el amor sea esa, la de hacerse el uno al otro más hombre o más mujer. Hacer crecer es ayudar al otro a moldearse en su propia identidad. Por eso el amor es artesanal. [...] uno parece escuchar ese hermoso diálogo donde el varón y la mujer se van descubriendo. Porque aun en los momentos difíciles el otro vuelve a sorprender y se abren nuevas puertas para el reencuentro, como si fuera la primera vez [...]. El amor

⁷⁸ AL 223.

⁷⁹ AL 82. Sobre el tema de la adopción, vid. AL 179-180.

⁸⁰ Vid. también AL 220.

hace que uno espere al otro y ejercite esa paciencia propia del artesano que se heredó de Dios» (AL 221).

La paciencia y el desarrollo artesanal mutuo en el matrimonio suponen la dedicación del tan preciado tiempo a este «trabajo». La dedicación al propio matrimonio y, por extensión, a la propia familia es, después de la dedicación a Dios, necesidad prioritaria. Lo explica el papa: «el amor necesita tiempo disponible y gratuito, que coloque otras cosas en un segundo lugar. Hace falta tiempo para dialogar, para abrazarse sin prisa, para compartir proyectos, para escucharse, para mirarse, para valorarse, para fortalecer la relación. [...] el problema es que el tiempo que se pasa juntos no tiene calidad. Sólo compartimos un espacio físico pero sin prestarnos atención el uno al otro» (AL 224).

Los matrimonios que tienen una buena experiencia de aprendizaje en este sentido pueden aportar los recursos prácticos que les han sido de utilidad: la programación de los momentos para estar juntos gratuitamente, los tiempos de recreación con los hijos, las diversas maneras de celebrar cosas importantes, los espacios de espiritualidad compartida. Pero también pueden enseñar recursos que ayudan a llenar de contenido y de sentido esos momentos, para aprender a comunicarse mejor. Esto es de suma importancia cuando se ha apagado la novedad del noviazgo (AL 225).

En la base del matrimonio se encuentra «un plan que sobrepasa los propios proyectos, que nos sostiene». Que el amor matrimonial pueda atravesar todas las pruebas y mantenerse fiel en contra de todo, supone el don de la gracia que lo fortalece y lo eleva» (AL 124)⁸¹. La fidelidad aparece acrisolada con el correr del tiempo. Los matrimonios ya ancianos, unidos durante largos años, son prueba de ello. Así lo manifiesta la exhortación: «La prolongación de la vida hace que [...] la relación íntima y la pertenencia mutua deben conservarse por cuatro, cinco o seis décadas, y esto se convierte en una necesidad de volver a elegirse una y otra vez. Quizás el cónyuge ya no está apasionado por un deseo sexual intenso que le mueva hacia la otra persona, pero siente el placer de pertenecerle y que le pertenezca, de saber que no está solo, de tener un «cómplice», que conoce todo de su vida y de su

⁸¹ Cf. también AL 134.

historia y que comparte todo. Es el compañero en el camino de la vida con quien se pueden enfrentar las dificultades y disfrutar las cosas lindas»⁸².

2.5. *Comunión familiar*

La fundación de una familia en el matrimonio —don de Dios— llama al crecimiento progresivo de la caridad conyugal y, así, a una fecundidad peculiar. Esa caridad, nutrida en la relación con Dios, genera también de este modo una relación comunional que va más allá del mero matrimonio y que el papa describe así: Como se advierte también en otros textos (cf. Ex 4,22; Is 49,15; Sal 27,10), la unión entre el fiel y su Señor se expresa con rasgos del amor paterno o materno. Aquí aparece la delicada y tierna intimidad que existe entre la madre y su niño, un recién nacido que duerme en los brazos de su madre después de haber sido amamantado. Se trata —como lo expresa la palabra hebrea *gamul*— de un niño ya destetado, que se aferra conscientemente a la madre que lo lleva en su pecho. Es entonces una intimidad consciente y no meramente biológica. Por eso el salmista canta: «Tengo mi interior en paz y en silencio, como un niño destetado en el regazo de su madre» (Sal 131,2).

De modo paralelo, podemos acudir a otra escena, donde el profeta Oseas coloca en boca de Dios como padre estas palabras conmovedoras: «Cuando Israel era joven, lo amé [...]. Yo enseñe a andar a Efraín, lo alzaba en brazos [...]. Con cuerdas humanas, con correas de amor lo atraía; era para ellos como el que levanta a un niño contra su mejilla, me inclinaba y le daba de comer» (11,1.3-4). Con esta mirada, hecha de fe y de amor, de gracia y de compromiso, de familia humana y de Trinidad divina, contemplamos la familia que la Palabra de Dios confía en las manos del varón, de la mujer y de los hijos para que conformen una comunión de personas que sea imagen de la unión entre el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo» (AL 28-29).

Esta comunión familiar, participación de la íntima y eterna Comunión divina, se vive en cada detalle cotidiano. Afirma el papa: en el contexto de varias décadas atrás, los Obispos de España ya reconocían una realidad doméstica [...] «con un reparto equitativo de cargas, responsabilidades y tareas [...]. Al valorar más la comunicación personal entre los esposos, se contri-

⁸² AL 163. Cf. también AL 164; 231.

buye a humanizar toda la convivencia familiar»⁸³. Esa concreción permite una experiencia estética del amor, la «mirada que valora» como instrumento de la caridad y su crecimiento: «La mirada que valora tiene una enorme importancia, y retacearla suele hacer daño. [...] algunas quejas y reclamos que se escuchan en las familias: «Mi esposo no me mira, para él parece que soy invisible». «Por favor, mírame cuando te hablo». «Mi esposa ya no me mira, ahora sólo tiene ojos para sus hijos». «En mi casa yo no le importo a nadie, y ni siquiera me ven, como si no existiera». El amor abre los ojos y permite ver, más allá de todo, cuánto vale un ser humano»⁸⁴.

El papa también propone, desde los inicios del matrimonio, el desarrollo de hábitos y espacios festivos (cf. AL 226). Ambos, desde el amor, tienen mucha importancia.

La comunión familiar es plenamente posible gracias al Sacramento del matrimonio: en realidad, toda la vida en común de los esposos, toda la red de relaciones que tejerán entre sí, con sus hijos y con el mundo, estará impregnada y fortalecida por la gracia del sacramento que brota del misterio de la Encarnación y de la Pascua, donde Dios expresó todo su amor por la humanidad y se unió íntimamente a ella. Nunca estarán solos con sus propias fuerzas para enfrentar los desafíos que se presenten. Ellos están llamados a responder al don de Dios con su empeño, su creatividad, su resistencia y su lucha cotidiana, pero siempre podrán invocar al Espíritu Santo que ha consagrado su unión, para que la gracia recibida se manifieste nuevamente en cada nueva situación⁸⁵.

Entre la caridad conyugal y familiar y las demás virtudes se establece un círculo de mutua influencia: «no podremos alentar un camino de fidelidad y de entrega recíproca si no estimulamos el crecimiento, la consolidación y la profundización del amor conyugal y familiar»⁸⁶. Los desarrollos de los números 90 a 119 de la exhortación, que constituyen el comentario de 1Co 13,4-7, permiten profundizar en la manera en que la caridad se despliega de

⁸³ AL 32.

⁸⁴ AL 128.

⁸⁵ AL 74. La lectura de este texto parece reclamar una entrada a la dimensión soteriológica del Sacramento, esto es, a su fuerza curativa y santificadora.

⁸⁶ AL 89.

diversos modos. Las palabras del papa no son sólo aplicables a la vida del matrimonio o la familia, sino universalmente.

La primera virtud en que la caridad se despliega, para el himno de 1Co es la paciencia. Según la exhortación que estudiamos, la paciencia del hombre mira a la paciencia de Dios⁸⁷. Y explica el papa el modo de esta similitud: «Si no cultivamos la paciencia, siempre tendremos excusas para responder con ira, y finalmente nos convertiremos en personas que no saben convivir, antisociales, incapaces de postergar los impulsos, y la familia se volverá un campo de batalla»⁸⁸.

A continuación tenemos la servicialidad o, si queremos, el espíritu de servicio o «actitud de servicio»⁸⁹ (según la denominación del comentario papal): «Sigue la palabra *jrestéuetai*, que es única en toda la Biblia, derivada de *jrestós* (persona buena, que muestra su bondad en sus obras). Pero, por el lugar en que está, en estricto paralelismo con el verbo precedente, es un complemento suyo. Así, Pablo quiere aclarar que la «paciencia» nombrada en primer lugar no es una postura totalmente pasiva, sino que está acompañada por una actividad, por una reacción dinámica y creativa ante los demás. Indica que el amor beneficia y promueve a los demás. Por eso se traduce como “servicial”»⁹⁰.

La capitalidad de la acción para poner de manifiesto esta servicialidad continúa siendo subrayada en el número siguiente: en todo el texto se ve que Pablo quiere insistir en que el amor no es sólo un sentimiento, sino que se debe entender en el sentido que tiene el verbo «amar» en hebreo: es «hacer el bien». Como decía san Ignacio de Loyola, «el amor se debe poner más en las obras que en las palabras» (*Ejercicios Espirituales*, Contemplación para alcanzar amor [230])⁹¹.

Este amor que se expresa en obras de servicio supone la purificación del egoísmo⁹²: el amor «no busca su propio interés», o «no busca lo que es de

⁸⁷ Cf. AL 91.

⁸⁸ Cf. AL 92.

⁸⁹ Cf. AL 93-94.

⁹⁰ AL 93.

⁹¹ AL 94.

⁹² Cf. AL 101-102.

él». También se usa esta expresión en otro texto: «No os encerréis en vuestros intereses, sino buscad todos el interés de los demás» (Flp 2,4). Ante una afirmación tan clara de las Escrituras, hay que evitar darle prioridad al amor a sí mismo como si fuera más noble que el don de sí a los demás⁹³. Y añade el papa: el mismo santo Tomás de Aquino ha explicado que «pertenece más a la caridad querer amar que querer ser amado». Por eso, el amor puede [...] desbordarse gratis, «sin esperar nada a cambio» (Lc 6,35), hasta llegar al amor más grande, que es «dar la vida» por los demás (Jn 15,13)⁹⁴.

Una evidencia que subraya el texto paulino que venimos comentando es que el amor se opone a la envidia o, según el papa Francisco, el amor «sana la envidia»⁹⁵. Así lo explica: «El verdadero amor valora los logros ajenos, no los siente como una amenaza, y se libera del sabor amargo de la envidia. Acepta que cada uno tiene dones diferentes y distintos caminos en la vida. Entonces, procura descubrir su propio camino para ser feliz, dejando que los demás encuentren el suyo. En definitiva, se trata de cumplir aquello que pedían los dos últimos mandamientos de la Ley de Dios: «No codiciarás los bienes de tu prójimo. No codiciarás la mujer de tu prójimo, ni su esclavo, ni su esclava, ni su buey, ni su asno, ni nada que sea de él» (Ex 20,17). El amor nos lleva a una sentida valoración de cada ser humano [...]. Amo a esa persona, la miro con la mirada de Dios Padre»⁹⁶.

Tampoco son compatibles con la caridad la arrogancia o la soberbia: el amor no es arrogante. Literalmente expresa que no se «agrandan» ante los demás, [...] cuando en realidad lo que nos hace grandes es el amor que comprende, cuida, protege al débil. En otro versículo también lo aplica para criticar a los que se «agrandan» (cf. 1Co 4,18), pero en realidad tienen más palabrería que verdadero «poder» del Espíritu (cf. 1 Co 4,19)⁹⁷.

La caridad va unida, así, a una profunda humildad y a la anteriormente referida servicialidad⁹⁸. Una de las manifestaciones más claras de la caridad es

⁹³ AL 101.

⁹⁴ AL 102.

⁹⁵ Cf. AL 95-96.

⁹⁶ AL 95-96.

⁹⁷ AL 97.

⁹⁸ Cf. AL 98. Sería deseable una mayor explicación de la virtud de la humildad.

la amabilidad, comentada en los números 99 y 100. Como siempre, no se trata tan sólo de una conducta exterior, sino de acciones que nacen de la valoración interna del prójimo⁹⁹. Uno de los enemigos de la amabilidad es la ira¹⁰⁰ y una de sus mejores expresiones, el perdón¹⁰¹, característico de la caridad cristiana. Este perdón que, en la expresión paulina cobra un estupendo significado¹⁰², supone una ascesis: «Cuando hemos sido ofendidos o desilusionados, el perdón es posible y deseable, pero nadie dice que sea fácil. La verdad es que «la comunión familiar puede ser conservada y perfeccionada sólo con un gran espíritu de sacrificio. Exige, en efecto, una pronta y generosa disponibilidad de todos y cada uno a la comprensión, a la tolerancia, al perdón, a la reconciliación»¹⁰³.

El perdón recibido de Dios y la aceptación del propio pecado son los presupuestos para no llevar cuentas del mal que el prójimo ha cometido contra nosotros¹⁰⁴. Según la palabra del Señor, el perdón al prójimo es condición para recibir el perdón de Dios, perspectiva que completa la anterior. Unidas a este «no llevar cuentas del mal» se encuentran las cuatro últimas expresiones comentadas por el Santo Padre (todo lo disculpa, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta). Resalta, en primer lugar, la dimensión de totalidad (que, en el uso español conocemos frecuentemente como «sin límites»). «De este modo, se remarca con fuerza el dinamismo [...] del amor, capaz de hacerle frente a cualquier cosa que pueda amenazarlo»¹⁰⁵. El amor que disculpa sin límites¹⁰⁶ es el que «cuida la imagen de los demás, con una delicadeza que lleva a preservar incluso la buena fama de los enemigos»¹⁰⁷. Al aplicarlo al matrimonio, vemos cómo la amabilidad y el

⁹⁹ El comentario a la amabilidad bien podría completarse con referencias a Mt 25,31-46, pasaje tan querido para el Santo Padre, en orden a descubrir en la amabilidad respecto al prójimo la ordenación a Dios.

¹⁰⁰ Cf. AL 103-104.

¹⁰¹ Cf. AL 105-108.

¹⁰² Cf. AL 105.

¹⁰³ AL 106.

¹⁰⁴ Cf. AL 107-108.

¹⁰⁵ AL 111.

¹⁰⁶ Cf. AL 112-113.

¹⁰⁷ AL 112.

perdón, ya considerados, se vuelcan en esta total disculpa: «los esposos que se aman y se pertenecen, hablan bien el uno del otro, intentan mostrar el lado bueno del cónyuge más allá de sus debilidades y errores»¹⁰⁸. «Todo lo cree»¹⁰⁹ es una dimensión del amor al cónyuge y a la familia que hace crecer la confianza, la responsabilidad y la libertad: *Panta pisteuei*, «todo lo cree», por el contexto, no se debe entender «fe» en el sentido teológico, sino en el sentido corriente de «confianza». No se trata sólo de no sospechar que el otro esté mintiendo o engañando. Esa confianza básica reconoce [...] la brasa que todavía arde debajo de las cenizas¹¹⁰. Esta misma confianza hace posible una relación de libertad. [...] El amor confía, deja en libertad, renuncia a controlarlo todo, a poseer, a dominar. [...] una familia donde reina una básica y cariñosa confianza [...] hace que espontáneamente se rechacen el engaño, la falsedad o la mentira¹¹¹. La confianza ilimitada que propone el papa en estos números 114 y 115 pretende superar la antropología personal, matrimonial y familiar herida por el pecado. La realidad en muchas familias, cristianas o no, choca con esta propuesta bíblica y está llamada a abrirse a ella.

A continuación (AL 116-117), el Santo Padre presenta la esperanza en la posibilidad de cambio y el espíritu de fe para descubrir la acción de Dios, que se pondrá de manifiesto en el Cielo. Estos números 116 y 117 de la 3ª exhortación completan el texto AL 112-113 y quizá hubiera sido oportuna una referencia interna inmediata¹¹². La esperanza sin límites lleva a aguantar o soportar todo (cf. AL 118-119), que es así explicado por el papa: *panta hypoménei* significa que sobrelleva con espíritu positivo todas las contrariedades. Es mantenerse firme en medio de un ambiente hostil. No consiste sólo

¹⁰⁸ AL 113.

¹⁰⁹ Cf. AL 114-115.

¹¹⁰ AL 114.

¹¹¹ AL 115.

¹¹² Parece que la Exhortación adolece de una visión orgánica del tema del crecimiento personal dentro del matrimonio: éste se muestra, en ocasiones, como posible (cf. AL 116-117; 135; 232; 234-236; 238-240) y, en otros lugares, puede entenderse la visión contraria (cf. AL 113; 325). La falta de conexión de ambas perspectivas no facilita una adecuada comprensión. La gracia de Dios, la gracia sacramental del Matrimonio y la caridad conyugal, en efecto, posibilitan el crecimiento de los cónyuges *in via*.

en tolerar algunas cosas molestas, sino en algo más amplio: una resistencia dinámica y constante, capaz de superar cualquier desafío. Es amor a pesar de todo, aun cuando todo el contexto invite a otra cosa. Manifiesta una cuota de heroísmo tozudo, de potencia en contra de toda corriente negativa, una opción por el bien que nada puede derribar¹¹³.

Y aplicando la palabra a la vida familiar, escribe: en la vida familiar hace falta cultivar esa fuerza del amor, que permite luchar contra el mal que la amenaza. El amor no se deja dominar por el rencor, el desprecio hacia las personas, el deseo de lastimar o de cobrarse algo. [...] A veces me admira, por ejemplo, la actitud de personas que han debido separarse de su cónyuge para protegerse de la violencia física y, sin embargo, por la caridad conyugal que sabe ir más allá de los sentimientos, han sido capaces de procurar su bien, aunque sea a través de otros, en momentos de enfermedad, de sufrimiento o de dificultad. Eso también es amor a pesar de todo¹¹⁴.

Señalamos por último cómo el amor goza con la verdad, palabra que el papa explica otorgando el contenido del bien del prójimo a la verdad¹¹⁵.

2.6. Trabajo

El trabajo hace posible al mismo tiempo el desarrollo de la sociedad, el sostenimiento de la familia y también su estabilidad y su fecundidad: «Que veas la prosperidad de Jerusalén todos los días de tu vida; que veas a los hijos de tus hijos» (Sal 128,5-6). En el libro de los Proverbios también se hace presente la tarea de la madre de familia, cuyo trabajo se describe en todas sus particularidades cotidianas, atrayendo la alabanza del esposo y de los hijos (cf. 31,10-31)¹¹⁶.

El trabajo, fuera o dentro de casa, es una manifestación de la fecundidad de la persona y de la familia y, a su vez, permite la fecundidad familiar (en las diversas manifestaciones que estamos viendo) y social.

¹¹³ AL 118.

¹¹⁴ AL 119.

¹¹⁵ Cf. AL 109-110.

¹¹⁶ AL 24.

La función del trabajo se hace más patente en su ausencia, tanto para la persona como para la familia¹¹⁷ y, de modo consecuente, para todo el tejido social. El paro va asociado a un sentimiento de esterilidad y de agonía.

2.7. Otras virtudes

La fecundidad de la familia se manifiesta también en las virtudes que viven sus miembros, dentro y fuera del hogar. Todas se encuentran ligadas con la caridad conyugal, ya expuesta. Además de las consideradas en el comentario a 1Co 13, 4-7¹¹⁸, extraigamos algunas otras de la exhortación. En primer lugar, la caridad (en sentido general)¹¹⁹. El papa ofrece ejemplos concretos para vivirla dentro del hogar (cf. AL 133). Por otro lado, una visión panorámica de la caridad en la familia la tenemos en los números 187 a 198, en que se expone la vida en la familia grande o ampliada.

También pone el papa en relación la caridad con la esperanza: «Por muy herida que pueda estar una familia, ésta puede crecer gracias al amor» (*Relación final 2015*, 10)¹²⁰. La esperanza, que incluye la capacidad de soñar, si es verdadera, se ancla en el presente, en que actúa el amor: «La misma esperanza nos invita a vivir a pleno el presente, poniendo el corazón en la vida familiar, porque la mejor forma de preparar y consolidar el futuro es vivir bien el presente» (AL 219)¹²¹. De ahí que las crisis puedan ser superadas si se aceptan como un desafío al amor (cf. AL 232-238). Una segunda virtud a señalar por su importancia en el contexto en que aparece la exhortación (Año de la misericordia) es ésta de la misericordia: «Fruto del amor son también la misericordia y el perdón» (AL 27).

Y una tercera virtud, que intitula la exhortación, es la alegría. La alegría inaugural del matrimonio se produce en las nupcias¹²², en que los esposos se entregan mutuamente a través del consentimiento. El papa no olvida el festejo que acompaña a la boda propiamente dicha. Y, para que se convierta en

¹¹⁷ Cf. AL 25.

¹¹⁸ Vid. supra.

¹¹⁹ Cf. AL 27.

¹²⁰ AL 53.

¹²¹ Cf. también AL 169.

¹²² Cf. AL 216.

un acontecimiento también evangelizador, invita: «Queridos novios: “[...] Vosotros sois capaces de optar por un festejo austero y sencillo, para colocar el amor por encima de todo”. [...] que esta prioridad se convierta en lo normal y no en la excepción¹²³».

Está también la alegría que nace de la entrega, un trabajo permanente en el matrimonio y en la vida entera: «Da y recibe, disfruta de ello» (Si 14,16). Las alegrías más intensas de la vida brotan cuando se puede provocar la felicidad de los demás, en un anticipo del cielo. [...] Es dulce y reconfortante la alegría de provocar deleite en los demás, de verlos disfrutar. Ese gozo, efecto del amor fraterno, no es el de la vanidad de quien se mira a sí mismo, sino el del amante que se complace en el bien del ser amado, que se derrama en el otro y se vuelve fecundo en él¹²⁴.

La alegría nace, pues, de la entrega a los demás. También se puede leer, a este respecto, el número 149. Complementaria es la visión del número 130, en que el papa subraya el gozo de conseguir las cosas con el esfuerzo común de los cónyuges que se aman.

2.8. *La familia «grande»*

El papa exhorta a una vivencia familiar que englobe las relaciones que van más allá de las matrimoniales y parentales, incluso llegando a los que viven próximos, pero no comparten lazos de sangre¹²⁵. Se engendra así una espiritualidad familiar ampliada en que reina la caridad.

Si bien decíamos más arriba (apartado 1.2) que, para fundar sanamente el matrimonio, es necesaria la distancia con los propios padres de los cónyuges, éstos siguen manteniendo la relación de filiación, que hay que saber cuidar. Afirma el papa: en primer lugar, hablemos de los propios padres. Jesús recordaba a los fariseos que el abandono de los padres está en contra de la Ley de Dios (cf. Mc 7,8-13). A nadie le hace bien perder la conciencia de ser hijo. En cada persona, «incluso cuando se llega a la edad de adulto o anciano, también

¹²³ AL 212.

¹²⁴ AL 129.

¹²⁵ Cf. AL 187; 196.

si se convierte en padre, si ocupa un sitio de responsabilidad, por debajo de todo esto permanece la identidad de hijo»¹²⁶.

Los propios padres, progresivamente, van llegando a la ancianidad. Es entonces cuando su mismo estado requiere una atención especial. La exhortación les dedica un amplio espacio, en línea con el interés generalizado que por ellos muestra el papa Francisco. Seleccionamos algunos párrafos del documento: «La mayoría de las familias respeta a los ancianos, los rodea de cariño y los considera una bendición. Un agradecimiento especial hay que dirigirlo a las asociaciones y movimientos familiares que trabajan en favor de los ancianos, en lo espiritual y social [...]. En las sociedades altamente industrializadas, donde su número va en aumento, mientras que la tasa de natalidad disminuye, éstos corren el riesgo de ser percibidos como un peso» (*Relación final 2015*, 17). [...] «Numerosas familias nos enseñan que se pueden afrontar los últimos años de la vida valorizando el sentido del cumplimiento y la integración de toda la existencia en el misterio pascual. [...] La eutanasia y el suicidio asistido son graves amenazas para las familias de todo el mundo. [...] La Iglesia, mientras se opone firmemente a estas prácticas, siente el deber de ayudar a las familias que cuidan de sus miembros ancianos y enfermos» (*Relación final 2015*, 20)¹²⁷.

Los ancianos no sólo son objeto de agradecido cuidado, sino que — afirma el papa— tienen un valor insustituible dentro de la familia: «San Juan Pablo II nos invitó a prestar atención al lugar del anciano en la familia [...]. Los ancianos ayudan a percibir «la continuidad de las generaciones», con «el carisma de servir de puente». Muchas veces son los abuelos quienes aseguran la transmisión de los grandes valores a sus nietos, y «muchas personas pueden reconocer que deben precisamente a sus abuelos la iniciación a la vida cristiana» (*Relación final 2015*, 18). Sus palabras, sus caricias o su sola presencia, ayudan a los niños a reconocer que la historia no comienza con ellos, que son herederos de un viejo camino y que es necesario respetar el trasfondo que nos antecede. Quienes rompen lazos con la historia tendrán dificultades para tejer relaciones estables y para reconocer que no son los

¹²⁶ AL 188. Cf. también AL 189-190.

¹²⁷ AL 48. Cf. también AL 191.

dueños de la realidad. Entonces, «la atención a los ancianos habla de la calidad de una civilización. ¿Se presta atención al anciano en una civilización? ¿Hay sitio para el anciano? Esta civilización seguirá adelante si sabe respetar la sabiduría, la sabiduría de los ancianos»¹²⁸.

La presencia de los ancianos salvaguarda la memoria, de tanta importancia para el hombre, la familia, la sociedad y el desarrollo de la historia: no se puede educar sin memoria: «Recordad aquellos días primeros» (Hb 10,32). Las narraciones de los ancianos hacen mucho bien a los niños y jóvenes, ya que los conectan con la historia vivida tanto de la familia como del barrio y del país. Una familia que no respeta y atiende a sus abuelos, que son su memoria viva, es una familia desintegrada; pero una familia que recuerda es una familia con porvenir. Por lo tanto, «en una civilización en la que no hay sitio para los ancianos o se los descarta porque crean problemas, esta sociedad lleva consigo el virus de la muerte», ya que «se arranca de sus propias raíces». [...] hacer de nuestras familias un lugar donde los niños puedan arraigarse en el suelo de una historia colectiva» (AL 193).

Además de los propios padres, la familia «grande» incluye también a los familiares de ambos cónyuges (cf. AL 198).

2.9. Obstáculos a la familia fecunda

Uno de los principales obstáculos en la sociedad actual para el desarrollo armónico y fecundo de la familia es la persona que no ha desarrollado adecuadamente su capacidad afectiva. Esto altera la relación matrimonial y familiar. Veamos cómo lo expresa el papa: «a veces las personas necesitan realizar a los cuarenta años una maduración atrasada que debería haberse logrado al final de la adolescencia. A veces se ama con un amor egocéntrico propio del niño, fijado en una etapa donde la realidad se distorsiona y se vive el capricho de que todo gire en torno al propio yo. Es un amor insaciable, que grita o llora cuando no tiene lo que desea. Otras veces se ama con un amor fijado en una etapa adolescente, marcado por la confrontación, la crítica ácida, el hábito de culpar a los otros, la lógica del sentimiento y de la fantasía, donde los demás deben llenar los propios vacíos o seguir los pro-

¹²⁸ AL 192.

pios caprichos. Muchos terminan su niñez sin haber sentido jamás que son amados incondicionalmente, y eso lastima su capacidad de confiar y de entregarse. Una relación mal vivida con los propios padres y hermanos, que nunca ha sido sanada, reaparece y daña la vida conyugal. Entonces hay que hacer un proceso de liberación que jamás se enfrentó. Cuando la relación entre los cónyuges no funciona bien, antes de tomar decisiones importantes conviene asegurarse de que cada uno haya hecho ese camino de curación de la propia historia. Eso exige reconocer la necesidad de sanar, pedir con insistencia la gracia de perdonar y de perdonarse, aceptar ayuda, buscar motivaciones positivas y volver a intentarlo una y otra vez» (AL 239-240).

Un obstáculo notable, que merece consideración aparte, es la infravaloración de la mujer dentro del matrimonio y la familia, así como por parte de la sociedad. Afirma el papa: destaco la vergonzosa violencia que a veces se ejerce sobre las mujeres, el maltrato familiar y distintas formas de esclavitud que no constituyen una muestra de fuerza masculina sino una cobarde degradación. [...] Pienso en la grave mutilación genital de la mujer en algunas culturas [...]. La idéntica dignidad entre el varón y la mujer nos mueve a alegrarnos de que se superen viejas formas de discriminación (AL 54).

Algunos de estos obstáculos pueden aconsejar la separación por el bien de los esposos (cf. AL 241). La Iglesia no deja de acompañar a quienes se encuentran en estas graves situaciones matrimoniales: «Los Padres indicaron que «un discernimiento particular es indispensable para acompañar pastoralmente a los separados, los divorciados, los abandonados. Hay que acoger y valorar especialmente el dolor de quienes han sufrido injustamente la separación, el divorcio o el abandono, o bien, se han visto obligados a romper la convivencia por los maltratos del cónyuge. El perdón por la injusticia sufrida no es fácil, pero es un camino que la gracia hace posible. De aquí la necesidad de una pastoral de la reconciliación y de la mediación, a través de centros de escucha especializados que habría que establecer en las diócesis» (*Relatio Synodi 2014*, 47). [...] «La comunidad local y los pastores deben acompañar a estas personas con solicitud, sobre todo cuando hay hijos o su situación de pobreza es grave» (*ibid.*, 50)»¹²⁹. La esterilidad física del ma-

¹²⁹ AL 242. Cf. también AL 244.

trimonio, obstáculo objetivo para la fecundidad, se puede convertir en medio para una fecundidad ampliada. Así lo presenta el papa en el número 178 de la exhortación.

2.10. La familia fecunda es un don para la sociedad

Nadie puede pensar que debilitar a la familia como sociedad natural fundada en el matrimonio es algo que favorece a la sociedad. Ocurre lo contrario: perjudica la maduración de las personas, el cultivo de los valores comunitarios y el desarrollo ético de las ciudades y de los pueblos. [...] Pero ¿quiénes se ocupan hoy de fortalecer los matrimonios, de ayudarles a superar los riesgos que los amenazan, de acompañarlos en su rol educativo, de estimular la estabilidad de la unión conyugal?¹³⁰.

Es, sin duda alguna, la Iglesia la primera institución que fortalece los matrimonios, ayudándoles a superar los riesgos que los amenazan y robusteciendo su estabilidad, así como la que los acompaña en su función educativa. Igualmente, es la Iglesia la primera en estimular al matrimonio y a la familia a ser fermento de bien para la sociedad en que se encuentran.

2.11. La familia como bien para la iglesia

«En virtud del sacramento del matrimonio cada familia se convierte, a todos los efectos, en un bien para la Iglesia. [...] Custodiar este don sacramental del Señor corresponde no sólo a la familia individualmente sino a toda la comunidad cristiana» (*Relación final 2015*, 52)¹³¹. En el número siguiente de la exhortación aparecen algunos elementos explicativos del bien que la familia constituye para la Iglesia: el amor vivido en las familias es una fuerza constante para la vida de la Iglesia. «El fin unitivo del matrimonio es una llamada constante a acrecentar y profundizar este amor. En su unión de amor los esposos experimentan la belleza de la paternidad y la maternidad; comparten proyectos y fatigas, deseos y aficiones; aprenden a cuidarse el uno al otro y a perdonarse mutuamente. En este amor celebran

¹³⁰ AL 52.

¹³¹ AL 87.

sus momentos felices y se apoyan en los episodios difíciles de su historia de vida» (*Relación final 2015*, 49-50), tanto para la Iglesia como para la sociedad entera¹³².

En particular, el papa se ocupa del modo en que la familia es referente para los que permanecen vírgenes por el Reino de los Cielos: «Quienes han sido llamados a la virginidad pueden encontrar en algunos matrimonios un signo claro de la generosa e inquebrantable fidelidad de Dios a su Alianza, que estimule sus corazones a una disponibilidad más concreta y oblativa. Porque hay personas casadas que mantienen su fidelidad cuando su cónyuge se ha vuelto físicamente desagradable, o cuando no satisface las propias necesidades, a pesar de que muchas ofertas inviten a la infidelidad o al abandono. Una mujer puede cuidar a su esposo enfermo y allí, junto a la Cruz, vuelve a dar el «sí» de su amor hasta la muerte. En ese amor se manifiesta de un modo deslumbrante la [...] caridad, puesto que es propio de la caridad amar, más que ser amado»¹³³.

2.12. Familia y evangelio

Nos detenemos ahora en la intrínseca relación entre familia cristiana fecunda y Evangelio, considerando primero a la familia como objeto de evangelización; después, la realidad de la iglesia doméstica, con la espiritualidad que le es propia; y, por último, la familia como sujeto de la evangelización¹³⁴.

Ante las familias, y en medio de ellas, debe volver a resonar siempre el primer anuncio, que es «lo más bello, lo más grande, lo más atractivo y al mismo tiempo lo más necesario»¹³⁵.

El papa invita a llevar el Evangelio a las familias, entre las que se encuentran muchas que viven en las más contradictorias periferias existenciales (cf. AL 312): «se trata de hacer experimentar que el Evangelio de la familia es alegría que “llena el corazón y la vida entera”, porque en Cristo somos “liberados del pecado, de la tristeza, del vacío interior, del aislamiento” (*Evange-*

¹³² AL 88. Cf. también AL 207.

¹³³ AL 162.

¹³⁴ Cf. MELINA, «Familia y Nueva Evangelización», 694.

¹³⁵ AL 58.

lii gaudium 1). A la luz de la parábola del sembrador (cf. Mt 13,3-9), nuestra tarea es cooperar en la siembra: lo demás es obra de Dios. Tampoco hay que olvidar que la Iglesia que predica sobre la familia es signo de contradicción» (*Relatio Synodi 2014*, 31), pero los matrimonios agradecen que los pastores les ofrezcan motivaciones para una valiente apuesta por un amor fuerte, sólido, duradero, capaz de hacer frente a todo lo que se le cruce por delante. La Iglesia quiere [...] «acompañar a cada una y a todas las familias para que puedan descubrir la mejor manera de superar las dificultades que se encuentran en su camino» (*Relación final 2015*, 56)¹³⁶.

La exhortación señala caminos concretos para la evangelización de la familia: «las parroquias, los movimientos, las escuelas y otras instituciones de la Iglesia pueden desplegar diversas mediaciones para cuidar y reavivar a las familias. Por ejemplo, a través de recursos como: reuniones de matrimonios vecinos o amigos, retiros breves para matrimonios, charlas de especialistas sobre problemáticas muy concretas de la vida familiar, centros de asesoramiento matrimonial, agentes misioneros orientados a conversar con los matrimonios sobre sus dificultades y anhelos, consultorías sobre diferentes situaciones familiares (adicciones, infidelidad, violencia familiar), espacios de espiritualidad, talleres de formación para padres con hijos problemáticos, asambleas familiares. [...] También hay un apoyo [...] que se da en los grupos de matrimonios, tanto de servicio o de misión, de oración, de formación, o de apoyo mutuo. Estos grupos brindan la ocasión de dar, de vivir la apertura de la familia a los demás, de compartir la fe, pero al mismo tiempo son un medio para fortalecer al matrimonio y hacerlo crecer» (AL 229).

La evangelización de la familia, que comienza por la evangelización de los novios, ha de estar muy anclada en la realidad. Afirmo el papa: «tanto la preparación próxima como el acompañamiento más prolongado, deben asegurar que los novios no vean el casamiento como el final del camino, sino que asuman el matrimonio como una vocación que los lanza hacia adelante, con la firme y realista decisión de atravesar juntos todas las pruebas y momentos difíciles. La pastoral prematrimonial y la pastoral matrimonial deben

¹³⁶ AL 200.

ser ante todo una pastoral del vínculo, donde se aporten elementos que ayuden tanto a madurar el amor como a superar los momentos duros. Estos aportes no son únicamente convicciones doctrinales, ni siquiera pueden reducirse a los preciosos recursos espirituales que siempre ofrece la Iglesia, sino que también deben ser caminos prácticos, consejos bien encarnados, tácticas tomadas de la experiencia, orientaciones psicológicas. Todo esto configura una pedagogía del amor que no puede ignorar la sensibilidad actual de los jóvenes, en orden a movilizarlos interiormente»¹³⁷. A través de todo ello, la pastoral familiar «debe hacer experimentar que el Evangelio de la familia responde a las expectativas más profundas de la persona humana: a su dignidad y a la realización plena en la reciprocidad, en la comunión y en la fecundidad» (*Relatio Synodi 2014*, 33)¹³⁸.

La evangelización de la familia comienza con la evangelización de la persona, mostrándole desde el nacimiento la belleza del Evangelio de la familia. Así se garantiza un crecimiento equilibrado y un noviazgo cristiano, si Dios quiere para esa persona el matrimonio. En esa evangelización tienen un protagonismo evidente las mismas familias: «Conviene encontrar además las maneras, a través de las familias misioneras, de las propias familias de los novios y de diversos recursos pastorales, de ofrecer una preparación remota que haga madurar el amor que se tienen, con un acompañamiento cercano y testimonial. [...] No obstante, son indispensables algunos momentos personalizados, porque el principal objetivo es ayudar a cada uno para que aprenda a amar a esta persona concreta con la que pretende compartir toda la vida. Aprender a amar a alguien no es algo que se improvisa ni puede ser el objetivo de un breve curso previo a la celebración del matrimonio. En realidad, cada persona se prepara para el matrimonio desde su nacimiento. Todo lo que su familia le aportó debería permitirle aprender de la propia historia y capacitarle para un compromiso pleno y definitivo. Probablemente quienes llegan mejor preparados al casamiento son quienes han aprendido de sus propios padres lo que es un matrimonio cristiano, donde ambos se han elegido sin condiciones, y siguen renovando esa decisión»¹³⁹.

¹³⁷ AL 211.

¹³⁸ AL 201.

¹³⁹ AL 208.

La evangelización de la familia, que puede parecer ordinaria, tiene que hacer frente también a situaciones particulares, que no excluyen la violencia y el dolor. Así lo pidió la Relación final del Sínodo de 2015: «Una buena capacitación pastoral es importante “sobre todo a la vista de las situaciones particulares de emergencia derivadas de los casos de violencia doméstica y el abuso sexual” (*Relación final 2015*, 61)»¹⁴⁰. El papa recoge también el reto en otros lugares¹⁴¹: «Con íntimo gozo y profunda consolación, la Iglesia mira a las familias que permanecen fieles a las enseñanzas del Evangelio, agradeciéndoles el testimonio que dan y alentándolas. [...] En la familia, “que se podría llamar iglesia doméstica” (*Lumen gentium* 11), madura la primera experiencia eclesial de la comunión entre personas, en la que se refleja, por gracia, el misterio de la Santa Trinidad. “Aquí se aprende la paciencia y el gozo del trabajo, el amor fraterno, el perdón generoso, incluso reiterado, y sobre todo el culto divino por medio de la oración y la ofrenda de la propia vida”»¹⁴².

La familia quiere vivir el Evangelio, especialmente en las notas relativas a ella (lo que podemos llamar «Evangelio de la familia» en su dimensión objetiva¹⁴³). Por eso podemos afirmar con el papa que «el Señor nos acompaña hoy en nuestro interés por vivir y transmitir el Evangelio de la familia»¹⁴⁴. Así, la verdadera fecundidad de la familia se debe a la presencia de la gracia del Sacramento del matrimonio en los padres, corazón de la familia, y a la gracia santificante habitando en el corazón de cada uno de sus miembros. El poder de la gracia de Dios es primordial en la vida de la familia cristiana, que marcha acompañado por el ejemplo, lleno de lecciones, de Cristo, que nace en una familia y cuya venida es preparada en ambientes familiares¹⁴⁵. Toda la vida de Cristo está inserta en una familia concreta. Además, los prodigios que Jesús obraba en favor de la familia¹⁴⁶ seguirán realizándose en las familias actuales si tenemos fe.

¹⁴⁰ AL 204.

¹⁴¹ Por ejemplo, AL 246; 250.

¹⁴² AL 86.

¹⁴³ Cf. MELINA, «Familia y Nueva Evangelización», 694-696.

¹⁴⁴ AL 60.

¹⁴⁵ Cf. AL 11; 65.

¹⁴⁶ Cf. AL 64.

El fin de la familia cristiana es la santidad¹⁴⁷. Y la Iglesia, Madre, desea ayudar a las familias a que caminen hacia esa santidad, a crecer en la fe (cf. AL 227). Consideremos también que pueden darse situaciones imperfectas (cf. AL 228), que —contempladas a la luz de la fe— se pueden vivir con esperanza.

2.13. *Espiritualidad matrimonial y familiar*

El papa justifica una espiritualidad propia del matrimonio y la familia a partir de *Apostolicam actuositatem* 4 (citado en AL 313):

La caridad adquiere matices diferentes, según el estado de vida al cual cada uno haya sido llamado. Hace ya varias décadas, cuando el Concilio Vaticano II se refería al apostolado de los laicos, destacaba la espiritualidad que brota de la vida familiar. [...] Entonces vale la pena que nos detengamos brevemente a describir algunas notas fundamentales de esta espiritualidad específica que se desarrolla en el dinamismo de las relaciones de la vida familiar (AL 313).

A esta espiritualidad propia dedica los números 314 a 325 de la exhortación (capítulo noveno). Comienza explicando que Dios Trinidad habita en el templo que constituyen el matrimonio y la familia (cf. AL 314-315). Este milagro tiene relación con los grandes y pequeños gestos en que la vida familiar se desenvuelve: cuando se vive en familia, allí es difícil fingir y mentir, no podemos mostrar una máscara. Si el amor anima esa autenticidad, el Señor reina allí con su gozo y su paz. La espiritualidad del amor familiar está hecha de miles de gestos reales y concretos. En esa variedad de dones y de encuentros que maduran la comunión, Dios tiene su morada. Esa entrega asocia «a la vez lo humano y lo divino», porque está llena del amor de Dios (AL 315).

En este templo habitado por el Señor se produce el encuentro con Él: si la familia logra concentrarse en Cristo, él unifica e ilumina toda la vida familiar. Los dolores y las angustias se experimentan en comunión con la cruz del Señor, y el abrazo con él permite sobrellevar los peores momentos. En los días amargos de la familia hay una unión con Jesús abandonado que pue-

¹⁴⁷ Cf. AL 160.

de evitar una ruptura. [...] «participando también en el misterio de la cruz de Cristo, que transforma las dificultades y sufrimientos en una ofrenda de amor» (*Relación final 2015*, 87). Por otra parte, los momentos de gozo, el descanso o la fiesta, y aun la sexualidad, se experimentan como una participación en la vida plena de su Resurrección. Los cónyuges conforman con diversos gestos cotidianos ese «espacio teologal en el que se puede experimentar la presencia mística del Señor resucitado»¹⁴⁸. La unión con Cristo es posible y se fortalece por la oración, también en familia. A este particular dedica el papa el número 318. Paradójicamente, el encuentro con el Señor en el templo familiar conduce a la certeza de que sólo Dios llena el corazón de la persona (cf. AL 320).

La fidelidad al propio cónyuge¹⁴⁹ se nutre de un sentido teológico, y cristológico en particular, del que ya hemos hecho mención. Los números 321 a 324 (inclusive) de la exhortación se dedican en concreto, dentro de la espiritualidad familiar, a una espiritualidad del cuidado, del consuelo y del estímulo. El papa describe cómo el matrimonio y la familia son los medios a través de los cuales, de una manera privilegiada, Dios nos ama bajo esas dimensiones. Esto supone la mirada de la fe: «Es una honda experiencia espiritual contemplar a cada ser querido con los ojos de Dios y reconocer a Cristo en él. Esto reclama una disponibilidad gratuita que permita valorar su dignidad. [...] Jesús era un modelo porque, cuando alguien se acercaba a conversar con él, detenía su mirada, miraba con amor (cf. Mc 10,21). Nadie se sentía desatendido en su presencia, ya que sus palabras y gestos eran expresión de esta pregunta: «¿Qué quieres que haga por ti?» (Mc 10,51). [...] Así brota la ternura, capaz de «suscitar en el otro el gozo de sentirse amado. Se expresa, en particular, al dirigirse con atención exquisita a los límites del otro, especialmente cuando se presentan de manera evidente» (*Relación final 2015*, 88)¹⁵⁰.

El colofón del capítulo noveno lo constituyen una reflexión sobre la dimensión escatológica de la familia y la oración final a la Sagrada Familia de Nazaret: «las palabras del Maestro (cf. Mt 22,30) y las de san Pablo (cf. 1Co

¹⁴⁸ AL 317. Cf. también AL 316.

¹⁴⁹ Cf. AL 319.

¹⁵⁰ AL 323.

7,29-31) sobre el matrimonio, están insertas —no casualmente— en la dimensión última y definitiva de nuestra existencia, que necesitamos recuperar. De ese modo, los matrimonios podrán reconocer el sentido del camino que están recorriendo. Porque, como recordamos varias veces en esta exhortación, ninguna familia es una realidad celestial y confeccionada de una vez para siempre, sino que requiere una progresiva maduración de su capacidad de amar. Hay un llamado constante que viene de la comunión plena de la Trinidad, de la unión preciosa entre Cristo y su Iglesia, de esa comunidad tan bella que es la familia de Nazaret y de la fraternidad sin manchas que existe entre los santos del cielo»¹⁵¹.

2.14. *La familia es evangelizadora*¹⁵²

«La alianza de amor y fidelidad, de la cual vive la Sagrada Familia de Nazaret, ilumina el principio que da forma a cada familia, y la hace capaz de afrontar mejor las vicisitudes de la vida y de la historia. Sobre esta base, cada familia, a pesar de su debilidad, puede llegar a ser una luz en la oscuridad del mundo. “Lección de vida doméstica. Enseñe Nazaret lo que es la familia, su comunión de amor, su sencilla y austera belleza, su carácter sagrado e inviolable; enseñe lo dulce e insustituible que es su pedagogía; enseñe lo fundamental e insuperable de su sociología” (*Relación final 2015*, 38)¹⁵³. La familia es luz para todos los hombres, empezando por sus mismos miembros¹⁵⁴. Cada uno de ellos evangeliza al resto en virtud de su propio Bautismo y Confirmación, sabiendo que los primeros evangelizadores en esta pequeña comunidad son los padres: «son el uno para el otro y para los hijos, testigos de la salvación, de la que el sacramento les hace partícipes»¹⁵⁵.

Además, Dios hace nacer a la familia cristiana en medio del mundo. Afirma el papa: ninguna familia puede ser fecunda si se concibe como demasiado diferente o «separada». Para evitar este riesgo, recordemos que la

¹⁵¹ AL 325.

¹⁵² Cf. MELINA, «Familia y Nueva Evangelización», 698-700.

¹⁵³ AL 66. Cf. también AL 184 y MELINA, «Familia y Nueva Evangelización», 694.

¹⁵⁴ Cf. MELINA, «Familia y Nueva Evangelización», 694.

¹⁵⁵ AL 72.

familia de Jesús, llena [...] de sabiduría, no era vista como una familia «rara», como un hogar extraño y alejado del pueblo. [...] era una familia sencilla, cercana a todos, integrada con normalidad en el pueblo. Jesús tampoco creció en una relación cerrada y absorbente con María y con José, sino que se movía gustosamente en la familia ampliada, que incluía a los parientes y amigos. Eso explica que, cuando volvían de Jerusalén, sus padres aceptaban que el niño de doce años se perdiera en la caravana un día entero, escuchando las narraciones y compartiendo las preocupaciones de todos: «Creyendo que estaba en la caravana, anduvieron el camino de un día» (Lc 2,44)¹⁵⁶. Así pues, la familia cristiana evangeliza con la riqueza de su vida, con el testimonio propiamente evangélico, que nace de escuchar y vivir la Buena Nueva (cf. AL 290), y también con su acción caritativa hacia los más necesitados. Todo ello nace de la centralidad de la Eucaristía. Para presentarlo, el papa se sirve del texto de 1Co 11,17-34. Tomemos algunas de las palabras pontificias a este respecto:

La Eucaristía reclama la integración en un único cuerpo eclesial. Quien se acerca al Cuerpo y a la Sangre de Cristo no puede al mismo tiempo ofender este mismo Cuerpo provocando escandalosas divisiones y discriminaciones entre sus miembros. Se trata, pues, de «discernir» el Cuerpo del Señor, de reconocerlo con fe y caridad, tanto en los signos sacramentales como en la comunidad, de otro modo, se come y se bebe la propia condenación (cf. v. 11, 29). Este texto bíblico es una seria advertencia para las familias que se encierran en su propia comodidad y se aíslan, pero más particularmente para las familias que permanecen indiferentes ante el sufrimiento de las familias pobres y más necesitadas. La celebración eucarística se convierte así en un constante llamado para «que cada cual se examine» (v. 28) en orden a abrir las puertas de la propia familia a una mayor comunión con los descartables de la sociedad, y, entonces sí, recibir el Sacramento del amor eucarístico que nos hace un sólo cuerpo. No hay que olvidar que «la “mística” del Sacramento tiene un carácter social» [...] las familias que se alimentan de la Eucaristía con adecuada disposición refuerzan su deseo de fraternidad, su sentido social y su compromiso con los necesitados (AL 186).

¹⁵⁶ AL 182.

La misma ceremonia matrimonial es ocasión de evangelización, por supuesto para los novios, pero también para los invitados: «Generalmente, el celebrante tiene la oportunidad de dirigirse a una asamblea compuesta de personas que participan poco en la vida eclesial o que pertenecen a otra confesión cristiana o comunidad religiosa. Por lo tanto, se trata de una ocasión imperdible para anunciar el Evangelio de Cristo» (*Relación final 2015*, 59)¹⁵⁷. Los matrimonios con más recorrido pueden ser de gran ayuda para los que están empezando. Afirma el papa: «También puede ser útil asignar a matrimonios más crecidos la tarea de acompañar a matrimonios más recientes de su propio vecindario, para visitarlos, acompañarlos en sus comienzos y proponerles un camino de crecimiento» (AL 230).

3. LOS HIJOS, DON DE DIOS. GENERACIÓN Y EDUCACIÓN

Aunque hayamos postergado a otros tipos de fecundidad la cuestión de los hijos, éstos son la primera (y, por ello, más importante) manifestación de la fecundidad del matrimonio. El hijo es fruto del amor conyugal: «“Los cónyuges, a la vez que se dan entre sí, dan más allá de sí mismos la realidad del hijo, reflejo viviente de su amor, signo permanente de la unidad conyugal y síntesis viva e inseparable del padre y de la madre”»¹⁵⁸.

La apertura a la vida está inscrita en la naturaleza del amor matrimonial. Afirma el papa: «esta unión está ordenada a la generación “por su propio carácter natural” (Conc. Ecum. Vat. II, Const. past. *Gaudium et spes*, sobre la Iglesia en el mundo actual, 48). El niño [...] no aparece como el final de un proceso, sino que está presente desde el inicio del amor como una característica esencial que no puede ser negada sin mutilar al mismo amor» (AL 80).

Esta realidad no puede situar a los cónyuges como propietarios de la vida humana o como sus generadores a libre disposición. En efecto, «el hijo “no es un derecho sino un don”. Por eso «“hay que alentar a los esposos a una actitud fundamental de acogida del gran don de los hijos” (*Relatio Synodi*

¹⁵⁷ AL 216.

¹⁵⁸ AL 165.

2014, 40)»¹⁵⁹. Esto se comprende plenamente cuando aceptamos que el origen primero del hijo está en Dios, que lo entrega como don a los padres. Afirma el papa: «según el orden de la creación, el amor conyugal entre un hombre y una mujer y la transmisión de la vida están ordenados recíprocamente (cf. Gn 1,27-28). De esta manera, el Creador hizo al hombre y a la mujer partícipes de la obra de su creación y, al mismo tiempo, los hizo instrumentos de su amor, confiando a su responsabilidad el futuro de la humanidad a través de la transmisión de la vida humana» (*Relación final 2015, 63*)¹⁶⁰.

La familia se constituye así como el verdadero santuario de la vida: si la familia es el santuario de la vida, el lugar donde la vida es engendrada y cuidada, constituye una contradicción lacerante que se convierta en el lugar donde la vida es negada y destrozada. [...] La familia protege la vida en todas sus etapas y también en su ocaso¹⁶¹.

Los hijos son don de Dios para el mundo, y su restricción es la causa de graves problemas: «Asimismo, el descenso demográfico, debido a una mentalidad antinatalista y promovido por las políticas mundiales de salud reproductiva, no sólo determina una situación en la que el sucederse de las generaciones ya no está asegurado, sino que se corre el riesgo de que con el tiempo lleve a un empobrecimiento económico y a una pérdida de esperanza en el futuro» (*Relatio Synodi 2014, 10*). Pueden agregarse otros factores como «la industrialización, la revolución sexual, el miedo a la superpoblación, los problemas económicos. La sociedad de consumo también puede disuadir a las personas de tener hijos sólo para mantener su libertad y estilo de vida» (*Relación final 2015, 7*)¹⁶².

Pero la alegría del amor se manifiesta en la descendencia: las familias numerosas son una alegría para la Iglesia. En ellas, el amor expresa su fecundidad generosa. Esto no implica olvidar una sana advertencia de san Juan Pablo II, cuando explicaba que la paternidad responsable no es «procreación ilimitada o falta de conciencia de lo que implica educar a los hijos, sino más

¹⁵⁹ AL 223.

¹⁶⁰ AL 81.

¹⁶¹ AL 83. Cf. BENEDICTUS XVI, *Il discorso a conclusione*, 599.

¹⁶² AL 42.

bien la facultad que los esposos tienen de usar su libertad inviolable de modo sabio y responsable, teniendo en cuenta tanto las realidades sociales y demográficas, como su propia situación y sus deseos legítimos»¹⁶³.

El matrimonio es, de esta manera, instrumento activo y libre de Dios Creador: «De acuerdo con el carácter personal y humanamente completo del amor conyugal, el camino adecuado para la planificación familiar presupone un diálogo consensual entre los esposos, el respeto de los tiempos y la consideración de la dignidad de cada uno de los miembros de la pareja. En este sentido, es preciso redescubrir el mensaje de la encíclica *Humanae vitae* (cf. 10-14) y la exhortación apostólica *Familiaris consortio* (cf. 14; 28-35) para contrarrestar una mentalidad a menudo hostil a la vida [...]. En la medida en que los esposos traten de escuchar más en su conciencia a Dios y sus mandamientos (cf. Rm 2,15), y se hagan acompañar espiritualmente, tanto más su decisión será íntimamente libre [...] del acomodamiento a los modos de comportarse en su ambiente» (*Relación final 2015*, 63)¹⁶⁴.

De este modo, «la pareja que ama y genera la vida es la verdadera «escultura» viviente —no aquella de piedra u oro que el Decálogo prohíbe—, capaz de manifestar al Dios creador» (AL 11). Por ello, el aborto es un flagrante atentado contra la naturaleza de las cosas, contra el santuario de la vida y —sobre todo— contra Dios mismo: «Es tan grande el valor de una vida humana, y es tan inalienable el derecho a la vida del niño inocente que crece en el seno de su madre, que de ningún modo se puede plantear como un derecho sobre el propio cuerpo la posibilidad de tomar decisiones con respecto a esa vida» (AL 83).

La colaboración de los padres con Dios Creador implica entrar en ese proyecto eterno divino sobre cada hombre, que nace en el seno de una familia: «Cada niño está en el corazón de Dios desde siempre, y en el momento en que es concebido se cumple el sueño eterno del Creador. [...] Hay que mirarlo con esos ojos de amor del Padre, que mira más allá de toda apariencia» (AL 168)¹⁶⁵. Y más adelante: sólo el Padre que lo creó lo conoce en plenitud. Sólo él conoce lo más valioso, lo más importante, porque él sabe

¹⁶³ AL 167. Cf. también AL 222.

¹⁶⁴ AL 222.

¹⁶⁵ Cf. también AL 166.

quién es ese niño, cuál es su identidad más honda. [...] Algunos padres sienten que su niño no llega en el mejor momento. Les hace falta pedirle al Señor que los sane y los fortalezca para aceptar plenamente a ese hijo, para que puedan esperarlo de corazón. [...] Él no es un complemento o una solución para una inquietud personal. Es un ser humano, con un valor inmenso, y no puede ser usado para el propio beneficio. Entonces, no es importante si esa nueva vida te servirá o no, si tiene características que te agradan o no, si responde o no a tus proyectos y a tus sueños. Porque «los hijos son un don»¹⁶⁶.

Acerca de la espera de los padres durante el embarazo, escribe el papa: la madre que lo lleva en su seno necesita pedir luz a Dios para poder conocer en profundidad a su propio hijo y para esperarlo tal cual es. [...] Es importante que ese niño se sienta esperado. [...] «Se ama a un hijo porque es hijo, no porque es hermoso o porque es de una o de otra manera; no, porque es hijo» [...] El amor de los padres es instrumento del amor del Padre Dios que espera con ternura el nacimiento de todo niño, lo acepta sin condiciones y lo acoge gratuitamente (AL 170).

El Antiguo Testamento, especialmente, ofrece pasos que pueden ayudar a los padres en la espera de los nueve meses: «Es como dice el Salmo: «Tú me has tejido en el seno materno» (139,13). Cada niño que se forma dentro de su madre es un proyecto eterno del Padre Dios y de su amor eterno: «Antes de formarte en el vientre, te escogí; antes de que salieras del seno materno, te consagré» (Jr 1,5)¹⁶⁷.

3.1. Presencia de los padres

El sentido común, la sana pedagogía y el sentido sobrenatural permiten comprender la necesidad de la presencia de ambos padres junto al niño. Cada uno, de modo diverso, le dan ese amor (tan variado) que necesita:

«Los actos de amor pasan a través del don del nombre personal, el lenguaje compartido, las intenciones de las miradas, las iluminaciones de las sonrisas». [...] Todo niño tiene derecho a recibir el amor de una madre y de

¹⁶⁶ AL 170.

¹⁶⁷ AL 168.

un padre, ambos necesarios para su maduración íntegra y armoniosa. Como dijeron los Obispos de Australia, ambos «contribuyen, cada uno de una manera distinta, a la crianza de un niño» [...] Muestran a sus hijos el rostro materno y el rostro paterno del Señor. Además, ellos juntos enseñan el valor de la reciprocidad, del encuentro entre diferentes, donde cada uno aporta su propia identidad y sabe también recibir del otro. Si por alguna razón inevitable falta uno de los dos, es importante buscar algún modo de compensarlo, para favorecer la adecuada maduración del hijo (AL 172)¹⁶⁸.

Si bien ambas figuras son necesarias, la madre es quizá de una importancia primordial. Lo explica el papa: el sentimiento de orfandad que viven hoy muchos niños y jóvenes es más profundo de lo que pensamos. [...] no podemos ignorar la necesidad que tienen los niños de la presencia materna, especialmente en los primeros meses de vida. [...] El debilitamiento de la presencia materna con sus cualidades femeninas es un riesgo grave para nuestra tierra (AL 173).

Y en el número siguiente: «las madres son el antídoto más fuerte ante la difusión del individualismo egoísta [...]. Son ellas quienes testimonian la belleza de la vida» [...] «las madres saben testimoniar siempre, incluso en los peores momentos, la ternura, la entrega, la fuerza moral. Las madres transmiten a menudo también el sentido más profundo de la práctica religiosa: en las primeras oraciones, en los primeros gestos de devoción que aprende un niño [...]. Sin las madres, [...] la fe perdería buena parte de su calor sencillo y profundo» (*ibid.*)¹⁶⁹.

En cuanto al esposo, Dios pone al padre en la familia para que, con las características valiosas de su masculinidad, «sea cercano a la esposa, para compartir todo, alegrías y dolores, cansancios y esperanzas. Y que sea cercano a los hijos en su crecimiento: cuando juegan y cuando tienen ocupaciones, cuando están despreocupados y cuando están angustiados, cuando se expresan y cuando son taciturnos, cuando se lanzan y cuando tienen miedo, cuando dan un paso equivocado y cuando vuelven a encontrar el camino; padre presente, siempre. [...] los padres demasiado controladores anulan a

¹⁶⁸ Cf. también AL 175.

¹⁶⁹ AL 174.

los hijos». Algunos padres se sienten inútiles o innecesarios, pero la verdad es que «los hijos necesitan encontrar un padre que los espera cuando regresan de sus fracasos. Harán de todo por no admitirlo, para no hacerlo ver, pero lo necesitan» (*ibid.*)¹⁷⁰.

La función educativa se ve dificultada, «entre otras causas, porque los padres llegan a su casa cansados y sin ganas de conversar, en muchas familias ya ni siquiera existe el hábito de comer juntos, y crece una gran variedad de ofertas de distracción además de la adicción a la televisión»¹⁷¹. La presencia de los padres es necesaria para un conveniente desarrollo de la persona: «Sólo los momentos que pasamos con ellos, hablando con sencillez y cariño de las cosas importantes, y las posibilidades sanas que creamos para que ellos ocupen su tiempo, permitirán evitar una nociva invasión. Siempre hace falta una vigilancia. El abandono nunca es sano. Los padres deben orientar y prevenir a los niños y adolescentes para que sepan enfrentar situaciones donde pueda haber riesgos, por ejemplo, de agresiones, de abuso o de drogadicción» (AL 260).

Aún con esto, «la obsesión no es educativa, y no se puede tener un control de todas las situaciones por las que podría llegar a pasar un hijo» (AL 261). La invitación del papa es la siguiente: aunque los padres necesitan de la escuela para asegurar una instrucción básica de sus hijos, nunca pueden delegar completamente su formación moral. [...] generar confianza en los hijos con el afecto y el testimonio, inspirar en ellos un amoroso respeto. Cuando un hijo ya no siente que es valioso para sus padres, aunque sea imperfecto, o no percibe que ellos tienen una preocupación sincera por él, eso crea heridas profundas que originan muchas dificultades en su maduración. Esa ausencia, ese abandono afectivo, provoca un dolor más íntimo que una eventual corrección que reciba por una mala acción (AL 263).

En efecto, las alteraciones de la educación moral, que los padres están llamados a proporcionar, repercuten de maneras distintas en los hijos (cf. también AL 176 y 272).

¹⁷⁰ AL 177. Cf. también AL 176.

¹⁷¹ AL 50.

3.2. *Los padres, responsables de la educación*

Los Padres [sinodales] quisieron enfatizar también que «uno de los desafíos fundamentales frente al que se encuentran las familias de hoy es seguramente el desafío educativo, todavía más arduo y complejo a causa de la realidad cultural actual y de la gran influencia de los medios de comunicación» (*Relatio Synodi 2014*, 60). «La Iglesia desempeña un rol precioso de apoyo a las familias, partiendo de la iniciación cristiana, a través de comunidades acogedoras» (*ibid.*, 61). Pero me parece muy importante recordar que la educación integral de los hijos es «obligación gravísima», a la vez que «derecho primario» de los padres. [...] un derecho esencial e insustituible que están llamados a defender y que nadie debería pretender quitarles. El Estado ofrece un servicio educativo de manera subsidiaria, acompañando la función indelegable de los padres, que tienen derecho a poder elegir con libertad el tipo de educación —accesible y de calidad— que quieran dar a sus hijos según sus convicciones. La escuela no sustituye a los padres sino que los complementa. Este es un principio básico: «Cualquier otro colaborador en el proceso educativo debe actuar en nombre de los padres, con su consenso y, en cierta medida, incluso por encargo suyo». Pero «se ha abierto una brecha entre familia y sociedad, entre familia y escuela, el pacto educativo hoy se ha roto; y así, la alianza educativa de la sociedad con la familia ha entrado en crisis»¹⁷².

La Iglesia, consciente de esta realidad, «está llamada a colaborar, con una acción pastoral adecuada, para que los propios padres puedan cumplir con su misión educativa. Siempre debe hacerlo ayudándoles a valorar su propia función, [...] cuando forman a sus hijos edifican la Iglesia, y al hacerlo aceptan una vocación que Dios les propone»¹⁷³.

Por esta razón, la exhortación dedica todo el capítulo séptimo (AL 259-290) a la educación de los hijos. Su análisis nos ofrece materia para estos desarrollos que presentamos.

¹⁷² AL 84.

¹⁷³ AL 85.

3.3. *La tarea educativa*

Si la madurez fuera sólo el desarrollo de algo ya contenido en el código genético, no habría mucho que hacer. La prudencia, el buen juicio y la sensatez no dependen de factores meramente cuantitativos de crecimiento, sino de toda una cadena de elementos que se sintetizan en el interior de la persona; para ser más exactos, en el centro de su libertad. [...] La educación entraña la tarea de promover libertades responsables, que opten en las encrucijadas con sentido e inteligencia; personas que comprendan sin recortes [...] que esa libertad es un don inmenso (AL 262)¹⁷⁴. Aunque ya hemos hecho alusión anteriormente a la importancia de los padres en la educación moral, clave del desarrollo personal, subrayemos que el Santo Padre dedica los números 263 a 267 (ambos inclusive) a la formación ética de los hijos¹⁷⁵. El principio general que ofrece es el siguiente:

La tarea de los padres incluye una educación de la voluntad y un desarrollo de hábitos buenos e inclinaciones afectivas a favor del bien. Esto implica que se presenten como deseables comportamientos a aprender e inclinaciones a desarrollar. Pero siempre se trata de un proceso que va de lo imperfecto a lo más pleno (AL 264)¹⁷⁶. La corrección es una parte indispensable de la educación, que necesita la motivada implicación personal del hijo con el objeto de que éste crezca (cf. AL 268-270). En esta línea, «es importante orientar al niño con firmeza a que pida perdón y repare el daño realizado a los demás» (AL 268).

La exhortación se ocupa también de las tecnologías de la comunicación y la distracción: El encuentro educativo entre padres e hijos puede ser facilitado o perjudicado por las tecnologías de la comunicación y la distracción, cada vez más sofisticadas. Cuando son bien utilizadas pueden ser útiles para conectar a los miembros de la familia a pesar de la distancia. [...] Pero debe quedar claro que no sustituyen ni reemplazan la necesidad del diálogo más personal y profundo que requiere del contacto físico [...].

¹⁷⁴ Cf. también AL 273.

¹⁷⁵ Cf. también AL 259: «Los padres siempre inciden en el desarrollo moral de sus hijos, para bien o para mal. [...] Ya que esta función educativa de las familias es tan importante y se ha vuelto muy compleja, quiero detenerme especialmente en este punto».

¹⁷⁶ Esta perspectiva me parece mucho mejor que la presentada en AL 271.

Sabemos que a veces estos recursos alejan en lugar de acercar, como cuando en la hora de la comida cada uno está concentrado en su teléfono móvil, o como cuando uno de los cónyuges se queda dormido esperando al otro, que pasa horas entretenido con algún dispositivo electrónico. [...] De cualquier modo, no se pueden ignorar los riesgos de las nuevas formas de comunicación para los niños y adolescentes, que a veces los convierten en abúlicos, desconectados del mundo real. Este «autismo tecnológico» los expone más fácilmente a los manejos de quienes buscan entrar en su intimidad con intereses egoístas (AL 278).

A la educación sexual dedica el papa los números 280 a 286 de la exhortación. El primero de ellos (AL 280) muestra el modo en que la Iglesia quiere que se desarrolle la educación de esta dimensión de la persona. A continuación (AL 281) se ofrecen orientaciones concretas para esta sana pedagogía: la educación sexual brinda información, pero sin olvidar que los niños y los jóvenes no han alcanzado una madurez plena. La información debe llegar en el momento apropiado y de una manera adecuada a la etapa que viven. No sirve saturarlos de datos sin el desarrollo de un sentido crítico ante una invasión de propuestas, ante la pornografía [...] y la sobrecarga de estímulos que pueden mutilar la sexualidad. Los jóvenes deben poder advertir que están bombardeados por mensajes que no buscan su bien y su maduración. Hace falta ayudarles a reconocer y a buscar las influencias positivas, al mismo tiempo que toman distancia de todo lo que desfigura su capacidad de amar. Igualmente, debemos aceptar que «la necesidad de un lenguaje nuevo y más adecuado se presenta especialmente en el tiempo de presentar a los niños y adolescentes el tema de la sexualidad» (*Relación final 2015*, 56).

3.4. La vida familiar como contexto educativo

El papa dedica a este particular los números 274 a 279 de la exhortación. Subrayemos, en primer lugar, la pedagogía del dominio propio y, así, de la libertad y la convivencia: en este tiempo, en el que reinan la ansiedad y la prisa tecnológica, una tarea importantísima de las familias es educar para la capacidad de esperar. No se trata de prohibir a los chicos que jueguen con los dispositivos electrónicos, sino de encontrar la forma de generar en ellos

la capacidad de diferenciar las diversas lógicas y de no aplicar la velocidad digital a todos los ámbitos de la vida. [...] Cuando los niños o los adolescentes no son educados para aceptar que algunas cosas deben esperar, se convierten en atropelladores, que someten todo a la satisfacción de sus necesidades inmediatas y crecen con el vicio del «quiero y tengo». [...] En cambio, cuando se educa para aprender a posponer algunas cosas y para esperar el momento adecuado, se enseña lo que es ser dueño de sí mismo [...]. Así, cuando el niño experimenta que puede hacerse cargo de sí mismo, se enriquece su autoestima. A su vez, esto le enseña a respetar la libertad de los demás. Por supuesto que esto no implica exigirles a los niños que actúen como adultos, pero tampoco cabe menospreciar su capacidad de crecer en la maduración de una libertad responsable. En una familia sana, este aprendizaje se produce de manera ordinaria por las exigencias de la convivencia (AL 275).

Por consiguiente, la vida familiar es también escuela de socialización (cf. AL 276), que incluye la sensibilidad ante el dolor y la enfermedad: igualmente, los momentos difíciles y duros de la vida familiar pueden ser muy educativos. Es lo que sucede, por ejemplo, cuando llega una enfermedad, porque «ante la enfermedad, incluso en la familia surgen dificultades, a causa de la debilidad humana. Pero, en general, el tiempo de la enfermedad hace crecer la fuerza de los vínculos familiares [...]. Una educación que deja de lado la sensibilidad por la enfermedad humana, aridece el corazón; y hace que los jóvenes estén “anestesiados” respecto al sufrimiento de los demás, incapaces de confrontarse con el sufrimiento y vivir la experiencia del límite»¹⁷⁷.

Un caso particular de enfermedad lo constituyen las personas con discapacidad: los Padres [sinodales] también dedicaron especial atención «a las familias de las personas con discapacidad, en las cuales dicho hándicap, que irrumpe en la vida, genera un desafío, profundo e inesperado, y desbarata los equilibrios, los deseos y las expectativas [...]. Ellas dan a la Iglesia y a la sociedad un valioso testimonio de fidelidad al don de la vida. La familia podrá descubrir, junto con la comunidad cristiana, nuevos gestos y lenguajes,

¹⁷⁷ AL 277.

formas de comprensión y de identidad, en el camino de acogida y cuidado del misterio de la fragilidad. Las personas con discapacidad son para la familia un don y una oportunidad para crecer en el amor, en la ayuda recíproca y en la unidad [...]. La familia que acepta con los ojos de la fe la presencia de personas con discapacidad podrá reconocer y garantizar la calidad y el valor de cada vida, con sus necesidades, sus derechos y sus oportunidades. Dicha familia proveerá asistencia y cuidados, y promoverá compañía y afecto, en cada fase de la vida» (*Relación final 2015*, 21). Quiero subrayar que la atención dedicada tanto a los migrantes como a las personas con discapacidades es un signo del Espíritu. Porque ambas situaciones son paradigmáticas: ponen especialmente en juego cómo se vive hoy la lógica de la acogida misericordiosa y de la integración de los más frágiles¹⁷⁸.

3.5. Educación en la fe

El marco de una cena, singularmente especial, era el momento de la transmisión oficial de la fe a los hijos en el Pueblo de Israel. La noche de la pascua judía, revestida de la mayor solemnidad, coronaba y representaba todo un proceso de educación en la fe. La casa y la mesa familiar son así el lugar en que los padres muestran a sus hijos las maravillas de Dios y de Su salvación. El significado no es poco profundo: la Biblia presenta la transmisión de la fe unida a la educación integral, desde la más tierna infancia y en el ambiente sencillo y natural de la casa (cf. AL 16). Los padres se convierten así en los primeros testigos de la fe, que «tienen el deber de cumplir con seriedad su misión educadora, como enseñan a menudo los sabios bíblicos (cf. Pr 3,11-12; 6,20-22; 13,1; 29,17)» (AL 17). De la transmisión de la fe cristiana de padres a hijos se ocupan los números 287 a 290 de la exhortación. Aquéllos son los primeros educadores en la fe, los primeros testigos para el niño (cf. AL 287). Esto supone dedicarle tiempo e interés¹⁷⁹. Se trata de un proceso que reconoce la diversidad de los hijos y los diferentes momentos de su crecimiento (cf. AL 288).

La formación en la fe desarrolla el carácter evangelizador o misionero de

¹⁷⁸ AL 47.

¹⁷⁹ Esto ya lo afirma el Papa al principio de la Exhortación (cf. AL 50).

la entera familia, con una apertura universal (cf. AL 289). De ahí que la pastoral familiar deba trabajar en el fortalecimiento de la iglesia doméstica y, así, en su dimensión misionera: todos deberíamos ser capaces de decir, a partir de lo vivido en nuestras familias: «Hemos conocido el amor que Dios nos tiene» (1Jn 4,16). Sólo a partir de esta experiencia, la pastoral familiar podrá lograr que las familias sean a la vez iglesias domésticas y fermento evangelizador en la sociedad (AL 290). La educación en la fe recibida en casa se complementa necesariamente con aquella que es propia de la catequesis (cuyo lugar es la comunidad cristiana, que asegura la comunión con la Iglesia) y —oportunamente— con la recibida en la escuela católica (cuya misión es ofrecer una educación integral al alumno): «las comunidades cristianas están llamadas a ofrecer su apoyo a la misión educativa de las familias», de manera particular a través de la catequesis de iniciación. Para favorecer una educación integral necesitamos «reavivar la alianza entre la familia y la comunidad cristiana». El Sínodo ha querido resaltar la importancia de la escuela católica, que «desarrolla una función vital de ayuda a los padres en su deber de educar a los hijos [...]. Las escuelas católicas deberían ser alentadas en su misión de ayudar a los alumnos a crecer como adultos maduros que pueden ver el mundo a través de la mirada de amor de Jesús y comprender la vida como una llamada a servir a Dios» (*Relación final 2015*, 68). Para ello «hay que afirmar decididamente la libertad de la Iglesia de enseñar la propia doctrina y el derecho a la objeción de conciencia por parte de los educadores» (*ibid.*, 58)¹⁸⁰.

Dentro de la pedagogía de la fe llega el momento de descubrir y seguir la vocación específica (matrimonio, sacerdocio o vida consagrada). Jesucristo es modelo de respuesta a la propia vocación, coronando así la etapa presencial o formativa en la propia familia: «él mismo a los doce años responde a María y a José que tiene otra misión más alta que cumplir más allá de su familia histórica (cf. Lc 2,48-50)»¹⁸¹. Cada hijo tiene un camino propio, que la familia debe cuidar y el interesado seguir. Estos caminos pueden ser, en ocasiones, singulares: «Muchas personas que viven sin casarse, no sólo se

¹⁸⁰ AL 279.

¹⁸¹ AL 18.

dedican a su familia de origen, sino que a menudo cumplen grandes servicios en su círculo de amigos, en la comunidad eclesial y en la vida profesional [...]. Muchos, asimismo, ponen sus talentos al servicio de la comunidad cristiana bajo la forma de la caridad y el voluntariado» (*Relación final 2015, 22*)¹⁸².

3.6. Peligros y problemas

La ausencia de los medios económicos o materiales necesarios puede repercutir gravemente en los hijos. Afirmo el papa: quiero destacar la situación de las familias sumidas en la miseria, castigadas de tantas maneras, donde los límites de la vida se viven de forma lacerante. [...] Por ejemplo, si una mujer debe criar sola a su hijo, por una separación o por otras causas, y debe trabajar sin la posibilidad de dejarlo con otra persona, el niño crece en un abandono que lo expone a todo tipo de riesgos, y su maduración personal queda comprometida¹⁸³.

Diversas situaciones complejas no facilitan la educación armónica de los hijos. Algunas de esas situaciones son enumeradas en el número 45 de la exhortación: «“Son muchos los niños que nacen fuera del matrimonio, especialmente en algunos países, y muchos los que después crecen con uno solo de los padres o en un contexto familiar ampliado o reconstituido” (*Relatio Synodi 2014, 8*)». El papa, consciente de tantas de estas situaciones, exhorta —por ejemplo— a los padres separados: a los padres separados les ruego: «Jamás, jamás, jamás tomar el hijo como rehén. Os habéis separado por muchas dificultades y motivos, [...] pero que no sean los hijos quienes carguen el peso de esta separación, que no sean usados como rehenes contra el otro cónyuge» (*Catequesis [20 mayo 2015]: L'Osservatore Romano, ed. semanal en lengua española, 22 de mayo de 2015, p. 16*)¹⁸⁴.

Y alienta a la cercanía a las diversas situaciones: hoy, «a pesar de nuestra sensibilidad aparentemente evolucionada, y todos nuestros refinados análisis psicológicos, me pregunto si no nos hemos anestesiado también

¹⁸² AL 158.

¹⁸³ AL 49.

¹⁸⁴ AL 245.

respecto a las heridas del alma de los niños». Estas malas experiencias no ayudan a que esos niños maduren para ser capaces de compromisos definitivos (AL 246). Otro tema es el abuso sexual de los niños, que «se torna todavía más escandaloso cuando ocurre en los lugares donde deben ser protegidos, particularmente en las familias y en las escuelas y en las comunidades e instituciones» (AL 45).

Cuestión aparte es la muerte de los hijos. La experiencia aporta que es más dolorosa para una persona la muerte de un hijo que la de un padre, ya que como referíamos al principio de este apartado tercero, el hijo es reflejo viviente del amor de sus padres, signo permanente de la unidad conyugal y síntesis viva e inseparable de sus progenitores¹⁸⁵. Por eso, «¿cómo no comprender el lamento de quien ha perdido un hijo? Porque “es como si se detuviese el tiempo: se abre un abismo que traga el pasado y también el futuro”»¹⁸⁶.

4. CONCLUSIONES

En cuanto al tema estudiado, la exhortación —como no podía ser de otra manera— se sitúa en continuidad con los documentos de pontífices anteriores que lo desarrollan. En particular, son fuente para *Amoris laetitia*, la Carta encíclica *Humanae vitae* (de Pablo VI) y la exhortación apostólica postsinodal *Familiaris consortio* (de Juan Pablo II), así como las Catequesis sobre el amor humano desarrolladas por el mismo Juan Pablo II¹⁸⁷. Aún así, el documento aporta elementos de novedad, que pueden ser considerados circunstanciales, en relación a la situación en que aparece el texto. Es muy de notar en todo el escrito pontificio el recurso a las relaciones finales de los Sínodos de 2014 y 2015, origen de esta exhortación.

En el apartado primero me he propuesto estudiar cómo la familia fecunda según el plan de Dios es un bien que procede de Él mismo para la sociedad y

¹⁸⁵ Cf. JUAN PABLO II, Exhort. ap. *Familiaris consortio* (22 noviembre 1981) 14: *AAS* 74 (1982) 96.

¹⁸⁶ AL 254.

¹⁸⁷ Las referencias de todo ello aparecen en bibliografía.

la Iglesia, que ambos han de proteger y promover (AL 43; 44; 52). Creo queda suficientemente mostrada la frecuencia con que el papa se refiere al original teológico del matrimonio (el amor trinitario, la Creación, el amor de Dios por su pueblo, la Encarnación, la alianza entre Cristo y la Iglesia que se sella en la total entrega en la Cruz, las bodas escatológicas del Cordero). Se pueden ver, a este respecto, los números 11, 70, 73 y 161 de la exhortación. Así, el matrimonio fecundo es imagen del misterio de Dios (cf. AL 11). Por otro lado, la historia de la salvación, con sus luces y sombras, que culmina en Cristo, tiene relación con la fecundidad familiar. Los capítulos primero y tercero de la exhortación lo muestran.

En otro orden de cosas, el documento remarca en repetidas ocasiones las características del matrimonio (cf., por ejemplo, AL 73). También subraya la diversidad sexual y la llamada a su complementariedad en la entrega mutua. Así aparece al ocuparse del matrimonio en sí mismo, de la paternidad y la educación. Resalta la centralidad de la unión conyugal (corpórea) como bien para los esposos. Ésta es la manifestación de su entrega y el origen segundo de la vida (el primero está en Dios Creador). Unido a ello, queda remarcada la función del erotismo (cf. AL 147; 151; 152; 157).

El papa dedica mucha atención al tiempo del noviazgo como preparación al matrimonio, pidiendo una mayor presencia de matrimonios experimentados en su formación, así como en los primeros años de matrimonio, etapa de suma importancia. La Iglesia está llamada a acompañar a los novios, a los matrimonios jóvenes y a aquéllos que ya tienen un cierto recorrido (cf. AL 82; 222-227; 229-232). Se trata de hacer crecer a los esposos en la caridad conyugal. Su objetivo es universal: «Hoy, la pastoral familiar debe ser fundamentalmente misionera, en salida, en cercanía» (cf. AL 230).

En la mente del papa están muy presentes las diversas situaciones que se producen en la actualidad en ámbitos familiares, y que son un reclamo para la solicitud pastoral de la Iglesia. Manteniendo firme la llamada a la conversión (cf. AL 78; 297; 312), la exhortación se caracteriza por una invitación a la cercanía a las situaciones irregulares.

Los apartados segundo y tercero de este trabajo quieren mostrar el modo en que Dios hace colaboradores Suyos a los esposos, dando fecundidad a su matrimonio. El salmo 128 sirve de pórtico a los desarrollos del papa. Esta

pieza muestra que el matrimonio y la casa, lugar de la familia, se regocijan en la fecundidad. La exhortación presenta que la fecundidad no es sólo capacidad biológica; se trata de una participación del amor de Dios a través del matrimonio y de la entera familia. El número 181 de la exhortación ofrece una síntesis del modo en que una familia está llamada a ser fecunda y es la clave para comprender el artículo que hemos presentado.

La verdadera fecundidad es fruto de la gracia de Dios y de la colaboración del hombre. En esta línea, en los desarrollos pontificios resalta el análisis de la caridad conyugal (cf. AL 120; 123; 133; 143; 145; 146-148; 156; 161; 163; 217-218) con una gran presencia de santo Tomás. También aparecen las virtudes derivadas de la caridad según 1Co 13, 4-7. Este comentario constituye una de las más valiosas aportaciones de la exhortación (cf. AL 90-119). Florecen asimismo en la familia fecunda la laboriosidad, la esperanza, la misericordia, la alegría, la entrega y el esfuerzo común.

De la caridad conyugal brota la comunión en el seno de la familia (primeramente con los hijos y también en la familia “grande” —cf. AL 187-198—). Esa comunión está llamada a ser imagen de la comunión trinitaria. Se nutre de la vida cristiana y se plasma en cada momento de la dinámica familiar.

Esta familia fecunda según el plan de Dios es un bien para el tejido social en que aparece, e igualmente para la Iglesia. La familia se denomina «*velut Ecclesia domestica*» (LG 11) y vive una espiritualidad característica. Sus miembros se evangelizan unos a otros, así como más allá de ellos. De ahí que la Iglesia tenga como una de sus prioridades la evangelización de la familia. Hemos tratado de todo ello en los apartados 2.11 a 2.14.

Los diversos modos en que una familia es fecunda se encuentran con variados obstáculos (cf. apartados 1.4, 2.10, 3.4 y 3.6). La Iglesia no abandona en estas difíciles situaciones y el papa, tan sensible a ellas, invita a seguir en esta caridad con toda premura.

En cuanto a la generación y educación de los hijos (materia del apartado tercero del artículo), la exhortación presenta a los esposos como «cooperadores del amor de Dios Creador y en cierta manera sus intérpretes». Esta afirmación de GS 50 es la clave para entender la apertura a la vida del matrimonio. Comprender la generación como don de Dios a través del amor conyugal permite a los esposos estar abiertos a recibir los hijos, en bien propio, de

la sociedad y de la Iglesia. Igualmente, permite vivir en espíritu de fe respecto a los hijos (cf., por ejemplo, AL 168). La interpretación del amor de Dios Creador supone el legítimo diálogo esponsal (cf. AL 222).

Por lo que toca a la educación de los hijos, el papa subraya que forma parte de la vocación de ambos padres, evitando el absentismo. Se trata de una educación integral, también en la fe, que permita a los hijos un crecimiento armónico. Este derecho primario y gravísima obligación de los padres cuenta con la ayuda de la Iglesia y de la escuela. La educación paterna será coronada cuando el hijo siga la vocación particular a que Dios le llame. Personalmente, creo que una familia fecunda lo es también en las vocaciones de sus hijos.

5. BIBLIOGRAFÍA

BENEDICTUS XVI, *Il discorso a conclusione del terzo incontro con i presuli della Conferenza Episcopale Svizzera in visita «ad limina». Il Vangelo e le istituzioni sono inseparabili (9-XI-2006)*, en: *Insegnamenti di Benedetto XVI II, 2. 2006 (luglio-dicembre)* (Libreria Editrice Vaticana, Città del Vaticano 2007) 594-600.

Sacrosanctum Concilium oecumenicum Vaticanum II, «Constitutio dogmatica “Lumen gentium”, de Ecclesia (21-XI-1964)»: *AAS* 57 (1965) 5-71.

_____, «Decretum “Apostolicam actuositatem”, de apostolatu laicorum (18-XI-1965)»: *AAS* 58 (1966) 837-864.

_____, «Constitutio pastoralis “Gaudium et spes”, de Ecclesia in mundo huius temporis (7-XII-1965)»: *AAS* 58 (1966) 1025-1120.

FRANCISCUS, «Exhortación apostólica postsinodal «Amoris laetitia» a los Obispos, a los presbíteros y diáconos, a las personas consagradas, a los esposos cristianos y a todos los fieles laicos sobre el amor en la familia (19-III-2016)»: *Ecclesia* 76 (2016) 556-616.

IOANNES PAULUS II, «Adhortatio Apostolica “Familiaris consortio” ad Episcopos, Sacerdotes et Christifideles totius Ecclesiae Catholicae: de Familiae Christianae muneribus in mundo huius temporis (22-XI-1981)»: *AAS* 74 (1982) 81-191.

_____, *Hombre y mujer lo creó. El amor humano en el plano divino*, ed. Pontificio Instituto Juan Pablo II para el estudio del Matrimonio y la Familia (Cristiandad, Madrid 2000).

- MELINA, L., «Familia y Nueva Evangelización»: *Humanitas: revista de antropología y cultura cristiana* 76 (2014) 688-701.
- NORIEGA BASTOS, J., «Amor conyugal y don del Espíritu», en: Melina, L. – Noriega, J. – Pérez-Soba, J. J., *Una luz para el obrar. Experiencia moral, caridad y acción cristiana* (Palabra, Madrid 2006) 271-288.
- PAULUS VI, «Litterae encyclicae “Humanæ vitæ” ad Venerabiles Fratres Patriarchas, Archiepiscopos, Episcopos aliosque locorum Ordinarios, pacem et communionem cum Apostolica Sede habentes, ad Clerum et Christifideles totius Catholici Orbis itemque ad universos bonæ voluntatis homines datae: de propagationis humanæ prolis recte ordinanda (25-VII-1968)»: *AAS* 60 (1968) 481-503.